

AMA A
DIOS
Y HAZ
LO QUE
QUIERAS

UNA NUEVA MIRADA A LAS NORMAS ANTIGUAS



MORRIS VENDEN

AMA A DIOS Y HAZ LO QUE QUIERAS

UNA NUEVA MIRADA A LAS NORMAS ANTIGUAS

Todavía tienen que seguir las normas divinas los cristianos que viven por la fe?

Morris Venden, entre los de su generación uno de los más prominentes abogados de la justificación por la fe, asegura: ¡Sí!

Ama a Dios y haz lo que quieras es la respuesta de Venden a aquellos que resisten la aceptación de una vida de fe por temor de que signifique hacer a un lado la obediencia. Con inteligencia y visión Venden prueba que para los que disfrutan de una genuina relación con Jesús, nada podría estar más lejos de la verdad.

A medida que el lector avance en la lectura de este libro, descubrirá la importancia de las normas de la iglesia, el problema con la ética situacional y la trampa de la justificación por hábito. Al concluir la lectura de *Ama a Dios y haz lo que quieras* usted tendrá la seguridad inamovible de que los que aman verdaderamente a Dios y aceptan su justicia también son capaces de decir: "¡Oh, cuánto amo yo tu ley!"

MORRIS VENDEN

Ama a Dios
y haz lo que quieras

MORRIS VENDEN



Asociación Publicadora Interamericana

Belice-Bogotá-Caracas-Guatemala-Madrid-Managua
México, D.F.-Panamá-San José-San Juan-San
Salvador-Santo Domingo-Tegucigalpa

Título del original:

Love God and Do As You Please

Dirección editorial

Mario A. Collins

Traductor:

Félix Cortés

Portada:

Ideyo Alomía

Derechos reservados

Copyright © 1995, por

Asociación Publicadora Interamericana

**Se prohíbe la reproducción total o parcial de
esta obra sin el permiso de los editores.**

Editado por

ASOCIACIÓN PUBLICADORA INTERAMERICANA

1890 N. W. 95th Avenue

Miami, Florida 33172

Estados Unidos de Norteamérica

ISBN 1-57554-008-8

Impreso y Encuadernado por:

Editoláser

Calle 11 No. 22-01

Santafé de Bogotá, Colombia

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

CONTENIDO

	Página
INTRODUCCION	6
Capítulo 1 VERDADERA O FALSA OBEDIENCIA	8
Capítulo 2 AMAR LA LEY	30
Capítulo 3 QUE TU CONDUCTA RESPALDE LO QUE DICES CREER	48
Capítulo 4 BLANCO, NEGRO O GRIS (Primera parte)	63
Capítulo 5 BLANCO, NEGRO O GRIS (Segunda parte)	77
Capítulo 6 ETICA SITUACIONAL	93
Capítulo 7 ¿DORMIDO EN LA CLASE?	113

INTRODUCCION

Quizá a usted pueda parecerle blasfemo el título de este libro. Indudablemente, los inmaduros lo interpretarán mal. Algunos podrían usarlo como pretexto para vivir una vida licenciosa y disipada; otros, como una razón para criticar al autor. Pero si leen el libro, obtendrán el mensaje correcto.

Los cristianos maduros pueden hacer lo que gusten, porque lo que a ellos les agrada hacer le agrada también a Dios. Escuchen las buenas nuevas en palabras mejores que las mías:

Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, que cuando le obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos (*El Deseado de todas las gentes*, pág. 621).

Si moramos en Cristo, si el amor de Dios está en nosotros, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos,

nuestros designios, nuestras acciones, estarán en armonía con la voluntad de Dios (*El camino a Cristo*, pág. 61).

Mirando a Jesús obtenemos vislumbres más claras y distintas de Dios, y por la contemplación somos transformados. La bondad, el amor por nuestros semejantes, llega a ser nuestro instinto natural (*Palabras de vida del gran Maestro*, págs. 289, 290).

Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia (*Id.*, pág. 312).

¿Necesitamos decir más?

VERDADERA O FALSA OBEDIENCIA

Recuerda al Niño de la Charca de Lodo? En la historia que se encuentra en el libro de Ken McFarland, titulado *Gospel Showdown*, Dios representa a la madre, y usted y yo al Niño de la Charca de Lodo.

A mitad de su recital nocturno de los acontecimientos del mundo, el bonachón anunciador desaparecía repentinamente, reemplazado en ese momento por el comercial en el cual la estrella era el Niño de la Charca de Lodo.

En diferentes lugares de la sala estaban los Tres Espectadores sentados frente a la caja.

—La pobre mamá de ese niño tiene un serio problema

—dijo el Número Uno, mientras que en la pantalla, el Niño brincoteaba alegremente sobre varias charcas de lodo—. Probablemente ya lo tenía listo para ir a alguna fiesta, y ahora, mírenlo con todo ese lodo pegajoso escurriéndole por la ropa.

—Oh, pero hay buenas nuevas —exclamó con entusiasmo el Número Dos, visiblemente emocionado—. Observen ahora —añadió, señalando a la pantalla— y verán que su mamá va a tomar toda esa ropa sucia y la lavará con el famoso detergente *Adiós a la Mugre*. ¡Eso resolverá todo el problema!

—Si han visto este comercial antes, entonces deberán saber que eso no lo resuelve todo —replicó el Número Uno—. No más sigan viendo.

Y así lo hicieron, y como se lo imaginaron, el Niño, vistiendo ropas fresquecitas, recién lavadas, salió como tromba en busca de la charca de lodo más cercana. Mientras se salpicaba de lodo pegajoso, su mami movió la cabeza y suspiró mientras daba la impresión de sentirse agradecida por su caja de detergente *Adiós a la Mugre*.

—¿Ya lo ven? —continuó el Número Uno—. ¿De qué le sirve limpiar a su chico si éste irá derecho a la primera charca que encuentre? Les diré cuáles son las verdaderas buenas nuevas: la mamá no sólo se limitará a limpiar a su chico, sino también logrará quitarle el deseo de jugar en la charca de lodo; y quizá, incluso, hará que odie el lodo.

El Número Tres no había dicho nada hasta aquí, pero había estado pensando y ahora estaba preparado para expresar su sabia opinión.

—Pienso que los dos tienen razón —comenzó dicen-

do—, pero aun cuando la mamá limpie a su Chico, e incluso lo haga odiar los charcos de lodo, me parece que el tema jamás será resuelto totalmente hasta que alguien quite de en medio los problemáticos charcos de lodo. Para mí, esas sí que serían buenas nuevas.

Bien, me da pena decirlo, pero los tres observadores se alteraron tanto por lo que constituían las Buenas Nuevas, o el Evangelio, que decidieron desquitarse. Salieron a la calle y comenzaron a arrojarle lodo unos a otros.

La última vez que los vi todavía no se habían dado cuenta que todos vieron sólo una parte de las Buenas Nuevas, y que es necesario ver las tres partes para resolver en su totalidad el problema del Chico.

Pero, como solía decir Walter Cronkite: "Así son las cosas".¹

Me siento muy feliz de que Dios haya hecho provisión para limpiarnos, por su gracia, y perdonar nuestros pecados. Esta es la primera parte de la solución del problema.

Y en cuanto a la segunda, ¿estamos contentos de que Dios haya hecho provisión para mantenernos alejados del charco de lodo? ¿O nos salpicaremos nosotros mismos con lodo pegajoso? Y aquí está la pregunta crucial: ¿Nos apartamos del charco de lodo sólo para agradar a mami? ¿O permanecemos fuera del lodo, porque no nos gusta el lodo? ¿Podemos decir que incluso odiamos el lodo?

Por supuesto, todos nos volvemos hacia la tercera parte, el día cuando ya no haya charcos de lodo, ya sea en Iraq, en Bangladesh, en China o en los Estados Unidos. Cuando Jesús vuelva, todos los charcos de lodo desaparecerán.

Consideremos esa segunda parte: permanecer fuera

del lodo. Usted no puede abordar el gran tema de la justificación por la fe sin tomar en cuenta el asunto de la obediencia. Pero muchas personas albergaron la idea en el pasado de que la fe, en alguna forma, en algún sentido, contraviene la obediencia; es decir, que si usted ha de simpatizar con la fe, necesariamente tendrá que ser hostil con la obediencia. Y que si será amigo de la obediencia, entonces, definitivamente, no podrá serlo de la fe. Algunos han decidido marchar bajo la bandera de la fe para escapar de la obediencia. "Oh, eso ya no tiene importancia —dicen—. Todo lo que se necesita es creer". Se han olvidado de las palabras de la Escritura que sostienen que uno nunca podrá separar la fe de la obediencia. Siempre, siempre, van unidas. La obediencia es el fruto de la fe. Usted no puede separar las manzanas de un frondoso manzano. No se pueden tener la una sin la otra, y si usted tiene la una, tendrá la otra.

Según la Escritura, la importancia de la obediencia es sumamente clara. Aprendamos del hombre sabio, Salomón, que no era demasiado sabio, después de todo. Tuvo que aprender de sus propios errores. Finalmente descubrió, tras haber experimentado con 700 mujeres reinas y 300 concubinas durante toda su vida, que "todo es vanidad" (Ecl. 12:8). Luego dijo: "El fin de todo el discurso oído es éste...". He aquí un hombre que sólo cuando ya está viejo y cerca de la muerte, aprende todo lo que se necesitaba para vivir, y dice: Vayamos al meollo de la cuestión. Esta es la conclusión de todo el asunto: "Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre" (Ecl. 12:13).

Aquí tenemos una clave muy importante para

comprender los problemas de Salomón. Cualquiera que piensa que la observancia de los mandamientos de Dios es sólo un *deber*, está mal desde el principio. Quizá Salomón no era lo suficientemente listo como para comprender, incluso en ese momento de su vida, que algo más que el deber está involucrado en la obediencia. Si la única razón por la cual obedezco es porque considero un deber hacerlo, entonces mi religión no vale nada.

"Hay quienes profesan servir a Dios a la vez que confían en sus propios esfuerzos para obedecer su ley, desarrollar un carácter recto y asegurarse la salvación. Sus corazones no son movidos por algún sentimiento profundo del amor de Cristo, sino que procuran cumplir los deberes de la vida cristiana como algo que Dios les exige para ganar el cielo. Una religión tal no tiene valor alguno" (*El camino a Cristo*, págs. 44, 45).

—Pero —dirá alguien—, ¿no me guiará tarde o temprano hacia Cristo una religión tal?

—No, tal religión no vale nada. Y sin embargo, muchos de nosotros hemos crecido así. De hecho, trajimos esta formación a la iglesia desde nuestra niñez. Fuimos instruidos por los expertos de la familia, e incluso por la pluma inspirada, que deberíamos capacitar a nuestros jóvenes y señoritas en la práctica de los hábitos correctos y en la clase correcta de obediencia. Enséñeseles a obedecer. Enséñeseles a obedecer como un deber. Enséñeseles a obedecer porque papi y mami lo dicen, porque es lo correcto. Y nos gusta citar pasajes como éste: "...cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo" (*La educación*, pág. 57).

Y al seguir enfatizando este enfoque, hemos desarro-

llado toda una subcultura de personas que piensan en la obediencia en términos de deber. Me gustaría sugerir que si sólo se limita al cumplimiento del deber es una falsa obediencia, siempre será una falsa obediencia.

Consideremos un momento la diferencia que hay entre la verdadera y la falsa obediencia. He aquí una cita notable y casi revolucionaria:

Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, que cuando le obedecemos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos. La voluntad, refinada y santificada, hallará su más alto deleite en servirle. Cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia. Si apreciamos el carácter de Cristo y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso (*El Deseado de todas las gentes*, pág. 621).

La Escritura dice de Jesús, nuestro ejemplo: "El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón" (Sal. 40:8), y "él amó la justicia y odió los charcos de lodo". Así que toda obediencia genuina y verdadera, el tipo de obediencia que Jesús tenía, brota naturalmente del interior, del corazón, de los pensamientos, los propósitos, los motivos transformados por la gracia de Dios. Cualquier obediencia que no surge

de esa fuente es falsa. Lo cual significa que muchos de nosotros hemos sido víctimas de una cuantiosa falsa obediencia, y hemos experimentado sus trágicos resultados.

Este es el tipo más común de falsa obediencia, dorada un poquito a fin de que tenga buena apariencia poniendo a Jesús en el cuadro: "Tú deberías permanecer fuera del lodo puesto que amas a Jesús". "Muy bien, amo a Jesús, así que supongo que debo permanecer fuera del lodo". (Esa es una forma de quedarse fuera del charco de lodo sólo para agradar a mamá.)

Otra versión, no tan sutil, pero quizá igualmente mala: Si no le obedecemos, crucificamos de nuevo a Jesús.

"¡Mire los clavos con los que usted atraviesa sus manos y sus pies!" Dicen que "cada vez que usted entra en la charca de lodo, otro clavo le atraviesa. Usted lo vuelve a herir".

Hay quienes me han dicho: "Yo simplemente no puedo entender este tipo de enfoque con relación a la culpabilidad". Y yo he tenido que concordar con ellos. En primer lugar, ¿es Jesús el personaje que se sienta por allí con sus sentimientos heridos cada vez que usted cae o fracasa? ¿Y qué clase de culpabilidad arroja sobre la gente este concepto: "usted le clava otro clavo"?

Este enfoque, tan común en muchos círculos, este tratar de mantenerse fuera del lodo a fin de agradarle a El o para no herirlo ni clavarle otro clavo, sólo puede conducir al desaliento y a la apostasía. Tarde o temprano la gente echará a la basura ese tipo de cosas. Tenemos que ofrecer algo mejor que una obediencia basada en el

deber: esta falsa obediencia, esta obediencia basada en la culpabilidad. Si no lo hacemos, tarde o temprano nos uniremos a las filas de aquellos que dicen: "Oh, vamos, olvidemos todo ese asunto y dependamos de la fe. La fe es lo único que cuenta. Olvídense de la obediencia. Ni siquiera hable de ella".

Yo me siento agradecido por tener una Biblia que habla acerca de algo mejor.

Esto nos lleva a preguntarnos, en primer lugar, ¿es posible obedecer? Cierta mentalidad dice: "¡Cuidado! Usted se está volviendo demasiado idealista, y puede caer en el perfeccionismo. No hable de permanecer fuera del lodo. No podemos. No somos más que débiles seres humanos, y continuaremos batiendo lodo hasta que Jesús venga. Por eso debemos estar tan agradecidos por el detergente Lodo-T-Vas [justificación]. De modo que busquemos refugio en el detergente Lodo-T-Vas".

Bien, es cierto que usted puede encontrar pasajes en la Escritura que *parecen* decir eso. Romanos, epístola que considera este tema en forma bastante amplia, dice esto en el capítulo 7, versículos 18 al 23:

Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí... Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis

miembros. *Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.*

Ahora bien, esto fue escrito por el hombre que en Filipenses 3, dice que era un pecador intachable antes de venir a Cristo. De modo que su actuación era bastante buena. Pero cuando consideró la vida en forma más profunda, la que apela al corazón y a los motivos, el apóstol Pablo se dio cuenta que era un miserable. ¿Significa esto entonces que no es posible obedecer?

En los días de Cristo la gente practicaba un sistema de obediencia puramente externa, basada en su vida pasada. Ya ve, Moisés y sus sucesores se pusieron frente al pueblo y dijeron: "Obedeced y viviréis, desobedeced y moriréis. Si obedecéis seréis benditos, si desobedecéis seréis malditos". Y ellos experimentaron algunas fuertes evidencias que apoyaban este principio. De hecho, si usted lee todo el Antiguo Testamento, es difícil dejar de notar que la obediencia trae las bendiciones de Dios, y la desobediencia, sus maldiciones. ¿Trata usted de decir que Dios es el que maldice? Bueno, eso es lo que dice. ¿Lo ha comprobado últimamente?

Echemos un vistazo a las malas nuevas acerca de la desobediencia. "Pero si no oyeren, serán pasados a espada, y perecerán sin sabiduría" (Job 36:12). Bueno, eso lo dijo uno de los amigos de Job. Y no estamos muy seguros de poder confiar en él.

Pero, ¡un momento! Jeremías dice: "Mas si no oyeren, arrancaré esa nación, sacándola de raíz y destruyéndola, dice Jehová" (Jer. 12:17). ¿Quién los va a arrancar y destruir totalmente? ¿Los entregará Dios a Satanás a fin de

que reciban la maldición? No, "arrancaré esa nación, sacándola de raíz". ¿Qué en cuanto a 2 Tesalonicenses 1, versículos 7 y 8?: "Cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo". El castigo no se delega a Satanás para que lo ejecute. Dios y el diablo no son socios en este negocio. La Biblia es clara cuando dice que las bendiciones vienen con la obediencia y la falta de bendiciones viene con la desobediencia.

¿Comprendía la iglesia de los días de Cristo este principio? Compruébelo por usted mismo: "Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él" (1 Juan 3:22). ¿Cómo podríamos no ver que las bendiciones vienen con la obediencia? Las oraciones contestadas pidiendo favores especiales vienen con la obediencia. Las recibimos porque guardamos sus mandamientos y hacemos las obras. Oh, dirá alguien, eso suena a salvación por las obras. No, aquí no se está hablando de la salvación; se está hablando de las bendiciones. Y hay una gran diferencia entre obedecer para ser salvo y obedecer para recibir bendiciones.

Un hombre ciego (Juan 9) fue llevado ante los dirigentes judíos. Ellos trataron de obligarlo a que les dijera de dónde había venido y quién lo había sanado. Los dirigentes religiosos andaban a la caza de Jesús. La familia del ciego estaba atemorizada y lo habían abandonado. ¡Finalmente, este solitario hombre ciego estaba de pie ante los dirigentes, enseñándoles! Dijo en el versículo 31: "Y sabe-

mos que *Dios no oye a los pecadores*; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye" (el énfasis es nuestro). ¿En qué basaba su declaración? En el claro registro del Antiguo Testamento: las bendiciones vienen con la obediencia; la ausencia de bendiciones viene con la desobediencia. Este principio se muestra una y otra vez en las Escrituras. ¿Salvación por obras? No. No estamos hablando de la salvación.

Bien, aquella gente escuchaba vez tras vez estas advertencias contra la desobediencia y la invitación a la obediencia; decían: "Mejor obedeceremos para que podamos recibir las bendiciones". Por tanto, teníamos a toda una nación que trataba constantemente de obedecer a fin de obtener bendiciones. Esas eran sus motivaciones. Pero lo único que pudieron producir fue una obediencia exterior.

La obediencia externa nunca ha engañado a Dios, aunque ha engañado a mucha gente. La gente que tiene una voluntad férrea puede, y a menudo, ha falsificado la obediencia exteriormente. Y es posible establecer iglesias enteras sobre ese principio, si nuestro enfoque prioritario, como base de nuestra vida cristiana, es el comportamiento. Pero Jesús dijo que a menos que nuestra justicia exceda a la de los escribas y fariseos, a menos que sea verdadera, es decir, obediencia genuina, no hay ninguna posibilidad de que entremos en el reino de los cielos.

Cierta vez, durante la época de Navidad, cuando yo era niño, mi padre y yo caminábamos mirando tiendas en el centro, cuando vi un enorme carro de bomberos con luces y sirena. Incluso se movía con su propio motor.

¡Cómo deseaba yo tener aquel carro de bomberos! Luego recordé algunos villancicos que decían que uno debería ser bueno antes de la Navidad. De manera que decidí ser tan bueno como me fuese posible a fin de ganarme el carro de bomberos. ¿Buena idea? Bueno, fui tan bueno como me fue posible, pero de todos modos no me regalaron el carro de bomberos. Y ¿sabe qué hice entonces? Ya no me interesaba seguir siendo bueno. De hecho, quería más bien ser malo porque no me habían regalado el carro de bomberos. ¿Hice lo correcto, o hice lo normal?

Ese tipo de razonamiento constituía uno de los mayores problemas en el tiempo de Cristo. La gente reclamaba las bendiciones, pero no querían al Señor. Yo quiero que mis oraciones sean escuchadas cuando tengo problemas, pero no estoy realmente interesado en la Persona a quien dirijo mis oraciones.

Y es así como llegamos a esta pregunta: ¿Es posible producir algo mejor que simple obediencia externa? Esto nos lleva a Romanos 8: 3, 4, donde dice claramente:

Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne [no hay forma alguna en que usted, o yo, o el apóstol Pablo, podamos guardar los mandamientos por nuestra propia fuerza. Somos débiles por la carne], Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

Pero a ciertas personas les gusta leer este pasaje de la

siguiente manera: "Para que la justicia de la ley pudiera ser cumplida por nosotros en la vida de Jesús. El es mi sustituto en la obediencia porque yo no puedo obedecer. Todo lo que yo puedo hacer es caer, fracasar y pecar. Así que él se convierte en mi sustituto en ese aspecto también". Pero no es eso lo que dice la Biblia. "Para que la justicia de la ley se cumpliera *en nosotros*, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu". O en otras palabras, nosotros los que no tratamos de obedecer por nuestra propia fuerza sino buscando el Espíritu de Dios, como lo hizo Jesús. Nosotros los que tratamos de obedecer desde el interior hacia afuera en vez de cumplir simples deberes externos y coercivos con el propósito de obtener las bendiciones. Este es el principio de la verdadera obediencia, el único principio válido.

Me gustaría recordarles que muchos de nosotros hemos desperdiciado demasiado tiempo tratando de obedecer. Y lo único que logramos producir fue una falsa obediencia. Pues bien, ¿deberíamos ignorar eso? No, porque la falsa obediencia tiene valor en este mundo. Si siento deseos de matarlo a usted a balazos, pero no lo hago, habrá algunos beneficios reales. Uno de ellos sería en su favor, y el otro en el mío. Si siento deseos de robar algo, pero aprieto los dientes y estiro mi columna vertebral y no lo hago, habrá algunos beneficios muy reales.

La moralidad, que es la palabra no religiosa para designar la obediencia externa, tiene valor. Es importante en este mundo. Lo mantiene a usted fuera de la cárcel. Le evita multas de tránsito. Conserva su buena reputación. Nadie está en contra de la moralidad. Seamos muy morales. Pero la moralidad nunca ha sido obediencia, y

tampoco es obediencia hoy. Los deberes externos, la actuación externa, no es obediencia genuina. Pero hemos producido toneladas de eso. Yo he producido mucho de eso. La gente que tiene fuerza de voluntad puede obedecer exteriormente, pero los débiles no. Esta es la razón por la cual la falsa obediencia es engañosa. Porque si el comportamiento es nuestro énfasis, entonces podemos llenar la iglesia con gente fuerte y dejar a los débiles en el frío de afuera.

Entonces Jesús vino y mostró una clase de obediencia enteramente diferente, un tipo de obediencia que procedía de arriba, más que de sus propios esfuerzos autogenerados. En esto reside la belleza de la vida de Jesús. Vino a vivir la vida como nosotros tenemos que vivirla. No como Dios, sino como ser humano. Pudo haber dependido de sí mismo para desplegar su poder cuando lo necesitara. Pero no lo hizo. Y el poder que vemos manifestado en su vida, en términos de sus poderosas obras y sus milagros, incluyendo su poder para obedecer, provenía de arriba, no de su interior. Y este mismo poder puede envolvernos, pero únicamente cuando cantamos el himno que nadie canta sinceramente.

El pastor Richards acostumbraba decir: "Cantemos el himno que nadie canta sinceramente: "Cúmplase, oh Cristo, tu voluntad. Sólo tú puedes mi alma salvar. Cual alfarero, para tu honor, vasija útil, hazme Señor". Eso es amedrentador. A nosotros no nos gusta la idea de rendirnos al Señor. Podría cambiar nuestro estilo de vida. Podría echarnos a perder la fiesta. Podría hacernos realmente obedientes, y probablemente eso sería aburrido.

Pero precisamente de eso hablaba el apóstol Pablo. Siendo que la ley no puede hacernos obedientes porque no hay poder en ella (es débil por causa de la carne) Dios envió a su propio Hijo y nos mostró un ejemplo de obediencia que viene de arriba. Es el verdadero tipo de obediencia; nace del corazón y del amor. Y luego se nos dice que podemos vivir el tipo de vida que Jesús vivió. Oh, ¿de veras? ¡Sí!

Una vez alguien me preguntó: "¿Puede alguien vivir sin pecar?" Yo repliqué que me gustaría cambiar la pregunta. Porque hubo Uno que vivió en este mundo sin pecar. De modo que la pregunta debería expresarse así: ¿Puede Cristo vivir su vida en mí? Esa es la pregunta. ¿Puede alguien vivir una vida de obediencia separado de Jesús? No. Todo lo que produzcamos será falso. Pero, ¿es posible que Jesús viva su vida en mí?

Mientras consideramos esta pregunta, necesitamos leer uno de los pasajes más hermosos de todas las Escrituras concerniente a este mismo punto: Hebreos 13: 20, 21.

Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

El método, el blanco y la posibilidad, todo está enumerado aquí. Lo hace a usted perfecto. ¿Cuán per-

fecto? En toda buena obra. ¿Qué significa eso? Hacer su voluntad, *obrando dentro de usted*.

Primera de Tesalonicenses 5:23 y 24 dice: "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, *el cual también lo hará*" (el énfasis es nuestro). *El* lo hará. Y Filipenses 2:13 dice: "Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad". Y Gálatas 2:20 expresa: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí".

La Biblia no habla de simplemente caer, fracasar y producir una falsa obediencia hasta que Jesús venga. Mi Biblia habla acerca de ser más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. ¿Cree usted eso? Entonces, ¡fuera con la idea de que la obediencia es demasiado complicada, demasiado difícil! ¡Fuera con la idea de que la obediencia es imposible, y de que sólo tenemos que marchar bajo la bandera de la fe! La Biblia no enseña que todo lo que podemos hacer es caer y fracasar hasta que Cristo venga. No, la Biblia no dice absolutamente nada de eso. Promete bendiciones para la obediencia. Promete falta de bendiciones para la desobediencia. Nos dice que no podemos obedecer, pero que él sí puede, y puede también vivir su vida en nosotros.

Yo estoy dolorosamente consciente de cuán quietecita permanece la gente cuando hablamos acerca de la obediencia. He visto eso una y otra vez en diferentes

partes. Alguien se levanta y habla acerca de la fe, de la gracia, de la cruz y de Jesús, de cómo murió por nuestros pecados y de cómo los limpia, y todos dicen, "amén, alabado sea Dios, aleluya". Alguien habla acerca de la obediencia, de la necesidad de vencer, y del poder, y todos se quedan quietos, y yo también. Porque recuerdo cómo fallé ayer. Y probablemente caeré otra vez mañana. Por eso me quedo callado. ¿Qué deberíamos hacer entonces? Simplemente esto: si nos mantenemos en contacto con Jesús, la obra que él ha comenzado en nosotros la llevará a cabo hasta el día de su regreso.

La falsa obediencia es como el sonido de los motores diesel fuera de borda en un atracadero. Usted tendría que haber crecido junto a un puerto para apreciar esta parábola. Yo he estado cerca de un atracadero unas dos veces y oído los botes cuando encienden el motor por la mañana. Comienzan con tatatatatat, pumpumpumpumpum, tatatatatat, pumpumpumpum. Poco a poco usted comienza a darse cuenta que algo está tratando de arrancar. Los tatatatatat, serían la verdadera obediencia, y el pumpumpumpum la falsa. Y la idea es que el motor se caliente hasta que pueda hacer tatatatatat todo el tiempo.

Mi vida, la suya y la de cualquier cristiano que trata de producir obediencia y tiene este problema se parece mucho a ese motor fuera de borda que trata de arrancar. Encendemos un solo cilindro para arrancar, pero ocho sin uso. Poco a poco, y cada vez más y más, vamos comprendiendo lo que significa tener una obediencia genuina.

Parte de mi súplica aquí es que dejemos de confundir la obediencia verdadera con la falsa. Ya no llamemos más obediencia genuina a la falsa. Dejemos de dar a

nuestros jóvenes la impresión de que la falsa obediencia es la verdadera. Recordémosles que hay algo mucho mejor a nuestro alcance. Hagamos todo lo que esté de nuestra parte por enseñar a nuestros jóvenes hábitos de obediencia y de vida correcta, aunque lo único que logre con eso sea mantenerlos fuera de la cárcel lo suficiente como para que echen a andar sus ocho cilindros. Pero, no les demos la impresión de que lo que es realmente falso es verdadero, porque tarde o temprano se alejarán de la falsa experiencia. Millares de personas, tanto jóvenes y viejos, ya se han alejado de ella.

Alguien me contó una parábola en la cual Hawai representa la obediencia y la perfección: El pueblo Remanente, en California, fue organizado oficialmente en 1863. Sin embargo, los primeros colonos comenzaron a establecerse en ese lugar alrededor de 1844. La gente que vivía en Remanente era diferente en muchas formas del resto del mundo. Pero tenían una enseñanza muy notable. Ese pueblo creía que todos deberían vivir en Hawai. (Recuerde, Hawai representa a la obediencia). Desde el principio estaban seguros que mientras más pronto llegaran a Hawai, más pronto alcanzarían el cielo. Pero había un hecho sumamente embarazoso del cual no podían escapar. No vivían en Hawai. Parecía que Hawai estaba muy, muy lejos. Casi tan lejos como el cielo mismo. Si bien algunos de ellos pretendían haber estado en Hawai, nadie les creía. Había un dicho muy común en Remanente: Si usted dice que ha estado en Hawai, es prueba segura de que nunca estuvo allí.

La mayoría de la gente de Remanente creía que si usted se esforzaba lo más que pudiera durante toda su

vida, posiblemente podría pasar al menos un día en Hawai precisamente antes de morir. Y muy pocos lograrían incluso eso. Aunque la población de Remanente sumaba varios millones de personas, la mayoría aceptaba el hecho que si 144,000 de ellos lograba llegar a Hawai, aunque fuese por poco tiempo, eso sería lo mejor que podría esperarse de ellos.

Durante varios años hubo un plan comúnmente aceptado para llegar a Hawai. Usted iba a la playa, se metía en el agua, y comenzaba a nadar. Las lecciones de natación eran populares en Remanente, como es fácil imaginar. Se esperaba que los niños aprendieran a nadar casi antes que aprendieran a caminar. Había escuelas de natación, talleres de natación y se ofrecían a menudo planes de cinco días para aprender a nadar. Se esperaba que todos los que fueran ciudadanos en regla aprendieran a nadar. Se les advertía a los recién llegados al pueblo que les tomaría algún tiempo antes que pudieran nadar suficientemente bien como para llegar realmente a Hawai; pero se esperaba que empezaran a nadar inmediatamente. Todos se animaban con la idea de que si tan sólo hacían lo mejor que pudieran, y se esforzaban día tras día, tarde o temprano lograrían llegar a Hawai.

Algunos se desanimaron tanto tras intentarlo y fracasar muchas veces, que se fueron del pueblo. Otros murieron intentándolo. Pero la mayoría siguió tratando de llegar a nado a Hawai, hasta que un día ocurrió lo inevitable.

Un nadador se vio forzado a volver a la playa, fracasando una vez más en su intento de llegar a Hawai, cuando le pareció que algo llegaba a su mente como un

relámpago. Tan pronto como logró controlar su respiración, comenzó a ir de arriba abajo por toda la playa y también en el pueblo, diciendo: "¿Quién dijo que teníamos que vivir en Hawai? ¿Se dan cuenta cuánto tiempo hace que estamos tratando de llegar hasta allá? ¿Pueden mencionarme el nombre aunque sea de una persona que lo haya hecho alguna vez?" Pronto tenía un buen número de seguidores que hacían la misma pregunta. Y todos llegaron a la misma conclusión. No es necesario llegar a Hawai a nado.

Y comenzaron a esparcir sus buenas nuevas por todas partes, lejos y cerca. Algunas personas aceptaron gozosamente esta nueva idea. Otros la combatieron. Por un tiempo, todos en Remanente parecían discutir esta nueva teología: la idea de que aunque siguieran luchando por llegar nadando a Hawai, hasta el mismo momento en que fueran llevados al cielo nadie, jamás, ni siquiera se acercaría a ella. Pero eso no importaba, decían las buenas nuevas.

De modo que ahora había dos grupos, el que todavía insistía en que era necesario vivir en Hawai, y el otro que aseguraba que no era necesario. (Pero lo interesante era que ambos grupos acudían regularmente a la playa a practicar natación.)

Pero pronto llegaron noticias de una tercera opción. Parecía extraña. Pronto se supo en toda la playa. La opción era ponerse en contacto con el piloto de un aeroplano y ponerse en sus manos. Entonces usted dependía de él para llegar a Hawai. Y cuando usted abordara el avión con el piloto frente a los controles, todo lo que usted tenía que hacer sería descansar. Puesto que su

responsabilidad era ponerlo a usted en Hawai.

Pareció difícil de comprender al principio. Las preguntas eran numerosas y difíciles de contestar. ¿Y qué hace uno? ¿Mueve uno sus brazos? ¿Tiene uno que patalear duro? ¿Corre uno por el pasillo del avión? Cuando tantos habían fracasado en sus esfuerzos por llegar a Hawai a pesar de sus tremendas luchas y durísimo trabajo, ¿cómo podría alguien esperar llegar a ese paraíso tropical tan sólo descansando? Sonaba bonito, pero con seguridad no era más que un mito. Hawai siempre había significado esfuerzo, muchísimo esfuerzo. Seguramente debía haber algún malentendido. Algunos trataron de explicar que había que hacer cierto esfuerzo al procurar ponerse en contacto con el piloto; al abordar el avión, e incluso en el mismo hecho de descansar. Pero no impresionaba como un esfuerzo real; al menos no comparable con el que se había estado practicando en la playa.

La discusión acerca de la tercera opción iba más o menos así: "Lo único que tenemos que hacer es descansar y continuar poniéndonos bajo el control del piloto".

Alguno parecía confundido y preguntaba:

—¿Quiere usted decir que ya no iremos a Hawai, después de todo?

—Sí, es esencial ir a Hawai.

—Bueno, entonces sería mejor que volviéramos a la playa y dejarnos de seguir perdiendo tiempo aquí.

—No, nunca llegaremos a Hawai nadando.

—Entonces es imposible ir a Hawai.

—¿Quiere usted decir que no tenemos que ir?

—Sí, tenemos que ir. Vivir en Hawai es posible. Es importante. Es necesario.

—Entonces es mejor que comencemos a nadar.

—No, no, no, es mejor que nos dirijamos al aeropuerto.

Poco a poquito, aquí y allá, la gente empezó a captar el mensaje. Y a medida que lo hacían, comenzaron a hacer viajes regulares a Hawai. Es cierto que no hablaban de haber estado allá. Hablaban más bien del Piloto, del aeroplano y del descanso que se ofrecía. Y mientras continuaban compartiendo las buenas nuevas y alcanzando a los fatigados nadadores, éstas comenzaron a esparcirse.

¿Qué ocurrió entonces? Algunos de los que habían sido los mejores nadadores y se habían aventurado a ir bastante lejos en las frías aguas del Océano Pacífico se sintieron insultados. Se les oyó decir: "Si están dejando a la gente que llegue a Hawai dependiendo de alguien más que los lleve hasta allá, entonces yo ya no quiero ir". Así que dejaron el agua, la playa y el pueblo y se cambiaron a Las Vegas.

Pero algunos de los peores nadadores, que a duras penas se habían podido mantener a flote, estaban entre los primeros que se apresuraron a llegar al aeropuerto y abordar el avión con el Piloto. Antes de mucho, todos ya habían ido y vuelto. Al final, la playa estaba vacía. Ya nadie iba a nadar.

AMAR LA LEY

El Colegio de la Unión del Pacífico (PUC) tiene su propia pista de las 500 Millas de Indianápolis. Es la bajada de 13 kilómetros que desciende desde la cima del Monte Howell hasta el valle que se extiende a sus pies. Allí los estudiantes sienten el in-controlable impulso de ver cuán rápido pueden bajar por esa montaña en sus Porsches y Corvettes. Yo acostumbraba exhibir mi "personalidad de lote de carros usados". Mi familia llamaba "personalidad de lote de carros usados" a mi impulso de perseguir a un estudiante cerro arriba o montaña abajo.

Un día, mientras descendía la montaña, vi a uno de los estudiantes que bajaba como bólido, forzar al automóvil de una ancianita de cabellos blancos a la acequia. ¡Me enojé de verdad! Sentí que estaba santamente aira-

do. Y no supe qué hacer, porque aquel malandrín desapareció casi instantáneamente de mi vista. Pero cuando llegué al pie de la montaña y lo vi sentado en la carretera junto a un automóvil policial negro con los flancos pintados de blanco y luces en el techo, dije: "Oh, cuánto amo yo tu ley, todo el día es ella mi meditación".

¿Cuánto hace que usted no dice: "Oh, cuánto amo yo tu ley, todo el día es ella mi meditación"? En algún tramo del camino, de algún modo, hemos llegado a creer que la ley de Dios es incompatible con la fe; que la ley de Dios es enemiga de Jesús; que es incompatible con el gran tema de la salvación por medio de la fe en Cristo solamente. Pero, quiero recordarle que la senda que conduce a la Tierra Prometida, pasa por el Monte Sinaí. Y que el Monte Sinaí conduce al Calvario. De modo que tenemos algunas verdades importantes que considerar acerca de la ley de Dios.

Cuando damos un vistazo a los diferentes temas que giran en torno a las enseñanzas de la salvación por la fe solamente en Cristo, tarde o temprano tenemos que enfrentar la obediencia a la ley de Dios. ¿La considera usted su amiga o enemiga? ¿Cuál es el propósito de la ley? ¿Cómo lo afecta a usted? ¿Es feliz cuando piensa en ella? ¿Pasa usted mucho tiempo meditando en ella como lo hacía el salmista de antaño? ¿Y qué queremos decir con la frase que dice que no estamos "bajo la ley, sino bajo la gracia"? (Rom. 6:14).

Hay buenas y malas noticias para aquellos que andan buscando respuestas a sus preguntas acerca de la ley. En Romanos 9 y 10, el apóstol Pablo habla acerca de la ley como una norma de salvación. "Hermanos, ciertamente el

anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación" (Rom. 10:1). Ahora, ¿de quién está hablando el apóstol aquí? ¿De Israel? ¿Quién es Israel actualmente? Aquellos que creen. "Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa" (Gál. 3:29).

Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree (Rom. 10:1-4).

Hay otra manera de leer esta última frase: "Cristo es el objetivo de la ley". En rigor de verdad, Cristo es el cumplimiento de la ley. El también es el fin de la ley para la justicia por obras. Pero no es el fin de la ley en sí misma.

Al considerar la ley de Dios, y particularmente los Diez Mandamientos, es necesario notar que ellos cumplen algunas funciones y propósitos muy definidos. Una de aquellas grandes funciones y propósitos es proteger-nos.

Un día yo cruzaba el desierto yendo de California a Texas, y de repente mi Honda Accord exhaló el último suspiro. Sí, ya había recorrido muchos miles de kilómetros, pero no había mostrado ninguna señal de decrepitud o enfermedad. Sin embargo, nadie me había dicho (y

yo no había leído el manual) que debía cambiar el anticongelante de la máquina cada año. Y yo nunca lo había hecho. De modo que se había producido una reacción química de algún tipo en las cabezas de los pistones de aluminio y les dio la "viruela loca". Los empaques de la cabeza se rompieron, la máquina se recalentó y se trabó. ¡Si tan sólo hubiera yo leído el manual o si alguien me lo hubiera dicho! Pero allí estaba, sentado en el desierto, pagando un elevado precio por el delito de ignorar las reglas.

Los Diez Mandamientos de la ley de Dios constituyen el manual, nuestro manual para la vida. Fiorello La Guardia, de la Ciudad de Nueva York, un famoso alcalde de antaño, dijo que si bien los abogados y legisladores habían elaborado diez mil leyes, nunca habían podido hacer la más mínima mejora a los Diez Mandamientos. ¿Está usted de acuerdo con él?

A mí me gusta esta gozosa versión versificada de los Diez Mandamientos:

Por sobre todo, ama a Dios únicamente.

No te inclines a la madera o la piedra.

Rehúsa tomar el nombre de Dios en vano.

El descanso sabático observa con cuidado.

Honra a tus padres durante toda tu vida.

Considera sagrada toda forma de vida.

Sé siempre fiel a tu cónyuge elegido.

Nunca robes nada, sea poco o sea mucho.

Di sólo la verdad con respecto a tus prójimos,

Y aparta de tu mente toda envidia egoísta.

¡No está mal! ¿Cómo podría hacerse una descripción más hermosa y concisa del Manual para la vida que ésta?

La ley de Dios cumple varias otras funciones legítimas, además de protegernos.

Estamos bajo la ley como una norma para la salvación; no como un método para lograrla. La ley es la norma por la cual seremos juzgados, según Santiago 2:8-13.

Estamos bajo la condenación de la ley. Aun cuando no nos guste o sea un hecho doloroso, es una función legítima de la ley (véase Rom. 4:15). Algunas personas se sienten incómodas con esta idea de la condenación y tratan de explicarla para deshacerse de ella.

La ley es eterna como Dios mismo. Si no la respetamos, entonces se produce la anarquía. Yo oí lo mismo expresado así en el viejo camino de la vida: "Ningún gobierno es más fuerte que cualquiera de sus leyes, y ninguna ley es más fuerte que la penalidad por violarla, y ninguna penalidad es más fuerte que la aplicación de la penalidad por violarla". Pero para los que no han pasado más allá del Monte Sinaí, la ley no es sino esclavitud y nada menos que condenación.

Estamos bajo la maldición de la ley, lo cual es otra dolorosa verdad. Pero es otra función legítima de la ley. Gálatas 3:13 dice: "Maldito todo el que es colgado en un madero". ¿No es maravilloso saber que Jesús tomó esa maldición en nuestro lugar?

Según Gálatas 3:24, 25, la ley también es un ayo para conducirnos a Cristo. El apóstol Pablo habló de la ley en este tenor: "Porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Rom. 3:20). Nos conduce a los pies de la

cruz. Y en Santiago 1:23, 25, la ley es comparada con un espejo que nos muestra nuestra necesidad de limpieza y purificación.

De modo que hay varias aplicaciones legítimas de la ley de Dios en la Biblia. Puede producir dolor o gozo y esperanza al conducirnos a la cruz para ser limpiados.

Hay una aplicación ilegítima que se hace de la ley contra la cual habla el apóstol Pablo vehementemente: usar la ley como un método de salvación, o legalismo, como lo llamamos en la actualidad. Ahora bien, supongo que podríamos discutir el significado de la palabra *legalismo*.

Una amiga mía, Mary Walsh, quien trabajó en evangelismo con sus padres durante muchos años, es una instructora bíblica muy consagrada. Me parece que todavía sigue con el mismo fervor, despertando a las personas en la madrugada y en la noche para estudiar la Biblia. Se siente incómoda con la gente que habla contra el legalismo. Ella dice "yo soy legalista".

—¿Qué quiere usted decir? —le pregunté.

—Bueno, yo creo en la ley de Dios. Y cualquiera que cree en la ley de Dios es legalista.

—Bueno —le digo— está bien, está bien. Si esa es su definición de legalismo, entonces yo también soy legalista porque también creo en la ley de Dios.

Pero, según el uso común que se le da al término en la actualidad, yo aventuro una definición diferente. Espero que también coincida con su modo de pensar. El legalismo es un intento de llegar al cielo guardando la ley de Dios. Básicamente, es un intento de salvarme a mí mismo por mis propias obras. De modo que legalismo

sería salvación por las obras, salvación por la ley, o salvación por mi buen comportamiento, tratando de vivir un poco mejor este año de lo que viví el año anterior; tratando de alcanzar la perfección antes que comiencen los eventos finales.

Pero en otro sentido, aún más importante, hay una definición de legalismo más profunda que nos gustaría considerar seriamente. Es no tener una relación de fe con Jesucristo. En realidad, sólo hay tres clases de personas en el mundo. Aquellos que no se interesan en Dios, o en la fe, o en la salvación. Quizá no se interesen ni siquiera en esta discusión. No los podríamos llamar legalistas, ni nada por el estilo. Ellos simplemente no tienen ningún interés.

En el segundo grupo están aquellos que sí se interesan en la salvación y tienen una relación personal diaria con Jesús.

Los del tercer grupo tienen la esperanza de la salvación. Teóricamente están en contra del legalismo. No tienen el menor interés en luchar individualmente para llegar al cielo. Pero tampoco tienen una relación de fe con Jesús. No prestan atención a la experiencia de la fe, de modo que todavía son legalistas. Porque cualquiera, no importa cuáles sean sus motivos o su teología, que no tenga tiempo para vivir la experiencia diaria de fe con Cristo, es un legalista. No hay otra alternativa.

O está usted en Cristo, en estrecho compañerismo con él, o es usted un legalista. Alguien podría decir, "yo no soy legalista; no creo en llegar al cielo por mis propios esfuerzos". Pero si no tiene una conexión vital con Cristo, no hay otras opciones. Es una, o la otra (a menos que se

esté fuera de la cancha, al no interesarse absolutamente en la salvación).

Yo puedo decir que no creo en el legalismo, que creo en la justicia por la fe en Cristo. Y podría ser cierto, al menos en teoría. Pero si no llevo esa creencia a la *práctica*, entonces no creo en absoluto lo que asevero creer. ¿No es así? No tengo que decirle a mi esposa que ya no la amo. Todo lo que tengo que hacer es no volver más a casa. Ella entenderá el mensaje. No tengo que decirle a Dios que no lo amo, o que no creo en él. Todo lo que tengo que hacer es no tener tiempo para él o para los asuntos relacionados con la fe, y él entenderá el mensaje. Y yo estaré enredado en las cosas que llamamos legalismo.

Hay, por supuesto, dos clases de legalistas. Está el tipo rígido, conservador, duro, legalista fundamentalista, que se viste de traje oscuro y corbata, calcetines y zapatos negros. Este juzga a todos los demás que no viven de acuerdo con sus normas. Tiene la apariencia de un ser infeliz y no muestra ni amor ni misericordia.

Luego está el legalista liberal. Es el tipo de legalista moderado, que después de todo tampoco tiene relación con Cristo ni tiempo para los asuntos de la fe. Está tratando de trazar su propio camino al cielo por las cosas que él no hace y que los legalistas sí hacen. De modo que el legalista liberal cifra su seguridad en las normas y reglas de la iglesia que abandona. Está seguro que no es legalista porque no hace las cosas que los legalistas rígidos hacen. "He sido emancipado de eso. Puedo ir donde quiera, comer lo que desee, beber lo que se me antoje, hacer todo lo que sienta que es bueno. Ya no soy legalista". Pero es un legalista liberal.

Resumen
De modo que la definición más pura de un legalista es cualquiera que pretende ser cristiano y espera ser salvado en el cielo, pero que sigue viviendo la vida, rígida o liberalmente, separado de Cristo.

El apóstol Pablo habló vehementemente contra esto una y otra vez. Pero nos dio la oportunidad de considerar algo mucho mejor. Nos invitó a aceptar a Cristo como el fin de la ley para justificación y poner el foco de atención en Jesús como nuestra única esperanza de salvación.

Cuando fuimos de visita a una reunión campestre, llevaron a nuestra hijita a la división de menores de la escuela sabática. Como parte de la lección de aquel día la maestra dijo:

—¿Qué es lo más importante en la Biblia? —Y los niños de la división de menores contestaron:

—Jesús, Jesús. —La maestra repuso:

—No, no, no me refiero a eso. ¿Qué es lo más importante en toda la Biblia? —Silencio. Finalmente ella misma dio la respuesta—: Son los Diez Mandamientos. Eso es lo más importante en toda la Biblia. —¿Falso o verdadero?

Mi esposa se quejó ante la directora de esa división después del culto, porque esa es la clase de enseñanza que mantiene a nuestros jóvenes y señoritas en el camino cuyo derrotero es el comportamiento que tantos sostienen: "Si eres bueno, irás al cielo; si eres malo, Jesús no te aceptará".

¿Cuándo vamos a entender que el énfasis más importante de la Biblia es Jesús? Pues bien, la directora de la división de menores, tratando de disculpar a la maestra dijo: "Ella estaba cansada hoy; ella estaba

cansada". Y cuando yo oí aquello, me hizo recordar algo. Porque hubo un tiempo en mi vida cuando yo pensaba que los Diez Mandamientos eran lo más importante. Y yo también me cansé. Si usted piensa que el énfasis primario de la Biblia son los Diez Mandamientos, usted se cansará tarde o temprano.

Precisamente en este punto la gente se pone nerviosa y dice: "Este hombre está en contra de los Diez Mandamientos". No, no estoy en contra de los Diez Mandamientos, más de lo que estaba E. J. Waggoner. ¿Ha oído alguna vez hablar de él? E. J. Waggoner fue un campeón de la salvación únicamente por medio de la fe en Cristo durante la década de 1890. En ese entonces se dijo que habíamos predicado tanto la ley, que estábamos tan secos como las colinas de Gilboa y que necesitábamos predicar a Cristo en la ley. No es que fuéramos a ignorar la ley, porque la senda que conduce a la Tierra Prometida pasa a través del Monte Sinaí. Pero se acusó a Waggoner, como sucedió con todos los predicadores de la justificación por la fe, de ser antinomianista, es decir de estar en contra de la ley de Dios. Y ésta fue su respuesta: "En vez de que la fe conduzca hacia el antinomianismo (o que esté contra la ley de Dios), es lo único que es contrario al antinomianismo. No importa tanto cuánto una persona se gloría en la ley de Dios. Si rechaza o ignora una implícita fe en Cristo, no está en mejor condición que aquel que ataca directamente la ley".

Esto es irónico. La persona que defiende la ley de Dios y exalta los Diez Mandamientos hasta las mayores alturas, es en realidad la que está en contra de los Diez Mandamientos. ¿Por qué? Porque no hay poder en los

Diez Mandamientos para salvar a una persona. Cuando La Guardia dijo: "La humanidad ha hecho diez mil leyes, pero nunca ha hecho una simple mejora a los Diez Mandamientos", se equivocó en algo. Puesto que hubo un hombre que sí hizo una mejora a los Diez Mandamientos. Su nombre fue Jesús. El vino y mostró los Diez Mandamientos integrados en una vida.

En Jesús había un corazón que se preocupaba por los demás. No hay corazón en los Diez Mandamientos cuando éstos nos condenan. Hay corazón en los Diez Mandamientos en términos de protección. Pero no había esperanza para los pobres pecadores que le hacían frente al Monte Sinaí hasta que vino Uno que mostró los Diez Mandamientos incorporados en una vida. El tenía un corazón que se preocupaba por los pecadores, las ramera, los ladrones y los quisquillosos fariseos, legalistas y escribas. De manera que vemos en Jesús una tremenda mejora a los Diez Mandamientos.

No importa cuánto se gloríe una persona en la ley de Dios, si rechaza o ignora la fe implícita en Cristo, no se encuentra en mejor estado que aquel que ataca directamente a la ley. El hombre de fe es el único que honra realmente la ley de Dios. "Sin fe es imposible agradar a Dios" (Heb. 11:6); con ella, todas las cosas son posibles (Mar. 9:23).

Sí, la fe hace lo imposible, y eso es precisamente lo que Dios desea que hagamos. Cuando Josué dijo a Israel: "No podéis servir al Señor", dijo la verdad; y sin embargo, es un hecho que Dios requiere que le sirvamos. No está dentro de las posibilidades de nin-

gún hombre hacer justicia (y guardar los mandamientos), aun cuando desee hacerlo (Gál. 5:17); por tanto, es un error decir que todo lo que Dios quiere de nosotros es que hagamos lo mejor que podamos. Aquel que no haga algo mejor que eso, no obrará las obras de Dios. No, *él debe hacer algo mucho mejor de lo que le es posible*. Debe hacer aquello que sólo el poder de Dios obrando a través de él puede lograr. Es imposible para un hombre caminar sobre el agua, pero Pedro lo hizo cuando ejerció fe en Cristo.

Siendo que todo el poder del cielo y de la tierra está en las manos de Cristo, y este poder está a nuestra disposición, incluso Cristo mismo que viene a morar en el corazón por medio de la fe, no hay excusa para creer que Dios requiere que hagamos lo que es imposible; porque "las cosas que son imposibles para los hombres, son posibles para Dios" (E. J. Waggoner, *Christ and His Righteousness*, págs. 95, 96).

De modo que afirmemos esto. La única persona que está realmente interesada en los Diez Mandamientos, y está a favor de ellos, es la que pone a Jesús como lo más importante de toda la Biblia. Y esa es la única forma de exaltar la ley de Dios. No hay otra.

Durante mucho tiempo los adventistas del séptimo día han sido llamados legalistas, probablemente por causa del sábado. La gente dice: "Usted piensa que irá al cielo por observar el sábado". Por eso nos llaman legalistas. Permítame preguntarle, ¿conoce a alguien que haya sido llamado legalista por no creer en el robo? ¿Conoce a alguien que ha sido llamado legalista alguna vez por no

creer en matar o en mentir o en hacer trampas? Yo todavía no he hallado a ninguno. Es interesante, ¿verdad? Así que, sea que yo llame a alguien legalista, o que alguien me diga que lo soy, es importante tener bien clara la definición.

Recordemos algo más que es sumamente importante en la Biblia. Todos los Diez Mandamientos forman una unidad. Siempre me ha parecido muy interesante como adventista del séptimo día que precisamente, en el mismo corazón de los Diez Mandamientos, Dios haya puesto algo en honor de su poder creador: un día de adoración. Así que el hecho más tentador que la gente está inclinada a veces a hacer, disecar los Diez Mandamientos y eliminar uno de ellos, simplemente no funciona. Los diez forman una unidad.

"Oh —dirá alguien—, usted es legalista porque está tratando de llegar al cielo tal como lo hicieron los judíos. El sábado fue hecho para los judíos". No, en absoluto; llega hasta la creación, y se remonta a más de veinte siglos antes que existiera el primer judío: el padre Abraham.

Si usted analiza cuidadosamente Hebreos 4, descubrirá que el sábado, que se encuentra exactamente allí en el centro de la ley de Dios de los Diez Mandamientos, es realmente uno de los más grandes símbolos de la salvación por medio de la fe en Cristo. Sábado y descanso son sinónimos. Cristo nos ofrece descanso del trabajo de salvarnos a nosotros mismos. Pablo dice: "Porque el fin de la ley es Cristo" (Rom. 10:4). Eso significa a lo menos dos cosas. El es el fin de mi esfuerzo por tratar de hacer cualquier cosa para quitarme la culpabilidad, a fin de

que mis pecados sean perdonados. Yo no puedo ganar ni merecer eso. Y él es el fin de mi esfuerzo por tratar de obrar arduamente en mi lucha por vencer el pecado, porque él me ha ofrecido descanso también en ese nivel.

La victoria, la obediencia y el triunfo sobre el mal son dones suyos. Cristo es el fin de la ley para justicia *por* mí y el fin de la ley para justicia *en* mí. Cristo es el fin de todo. Y él es un hermoso ejemplo de Alguien que probó esta realidad en su propia vida.

El apóstol Pablo nos da la clave de cómo podemos librarnos del compromiso con la ley para casarnos mejor con Cristo. En los primeros versículos de Romanos 7, él habla de estar casados con la ley, siendo la ley realmente el marido. Pero dice que hay algo muchísimo mejor. Veamos si usted logra formar parte de esta parábola.

Todos respetaban a *Leynardo*. (¿Reynaldo? No. *Leynardo*, ¿entendido?). En todo su amplio círculo de relaciones difícilmente podría usted encontrar a alguien que no admitiera que *Leynardo* en realidad lo tenía todo. Cristiana estaba segura que su matrimonio era uno de los que se habían hecho en el cielo. Ella reconocía que *Leynardo* tenía muchas buenas cualidades, y sabía que, bueno no que lo amara exactamente, sino que lo respetaba grandemente. Ella estaba segura que el amor vendría cuando pasaran más tiempo juntos. El día de la boda llegó, la hermosa música comenzó a sonar, y Cristiana se encaminó hacia el altar para hacer su promesa de entrega total a *Leynardo*. Prometió serle fiel hasta que la muerte los separara; luego Cristiana y *Leynardo* fueron declarados marido y mujer. (Casada con *Leynardo*, ¿entendido?)

Pero los problemas comenzaron incluso antes que terminara la luna de miel. Para cuando se cambiaron a su nueva casa, era más que evidente que no les gustaban las mismas cosas en absoluto. Cristiana se volvió más y más infeliz con *Leynardo*. El no era tolerante en lo más mínimo. Sus ideas estaban escritas en concreto. Ella pronto renunció incluso a discutir con él. No era que él la forzara a hacer las cosas así. Pero siempre estaba allí mirándola con actitud de reproche, en cualquier momento que intentara ser ella misma. Se sintió más y más fastidiada al ser condenada constantemente. El no sólo enjuiciaba su comportamiento exterior, sino también juzgaba sus motivos íntimos.

Cristiana probó todos los medios posibles para agradarle. Día tras día se despertaba inflexiblemente decidida a lograr que finalmente *Leynardo* se sintiera a gusto con ella. Pero mientras luchaba por hacer algo perfecto, notaba que había descuidado otras cosas. Y hubo ocasiones en que todos sus mejores esfuerzos terminaron en el desastre. Parecía que mientras más duramente se esforzaba, más errores cometía.

A veces Cristiana se desanimaba tanto que adoptaba una actitud de al-traste-con-todo, y se pasaba el día temerariamente, haciendo lo que le placía. Hallaba un deleite perverso en dejar tiradas ropas sobre el piso y platos sucios en el lavaplatos, mientras empleaba todo su tiempo mirando televisión y comiendo chocolate y papitas fritas a manos llenas. Pero nada cambió. Además del aumento de peso, lo único que Cristiana obtuvo —al margen de qué diversos enfoques probara—, fue un creciente cargo de conciencia de cuán lejos había quedado

del ideal de *Leynardo*. Siempre sentía sus ojos fijos en ella, juzgándola, acusándola y condenándola constantemente.

Una noche, mientras estaba acostada tranquilamente junto a él en la cama, sintió que ya no podía soportar aquella vida, en esa forma, ni siquiera un día más. *Leynardo*, que parecía tan digno de respeto y honor en su matrimonio, ahora parecía horrible y odioso. ¡Nunca podía agradarle! Era inútil tratar de hacerlo. No había forma de cumplir, ni siquiera por un día, mucho menos durante toda la vida, lo que había prometido. Si tan sólo pudiera casarse con alguien más, alguien que la aprobara y la amara tal como era. Pero las palabras "hasta que la muerte los separe" resonaban en su mente.

De pronto tuvo una idea brillante. *Leynardo* dormía tranquilamente junto a ella. Si se las pudiera arreglar de alguna manera para..., ¿pero cómo? Pronto comprendió que era imposible para ella matarlo. No era lo suficientemente fuerte. Si no podía matarlo a él, quizá podía matarse a sí misma. De todas maneras, ¿de qué servía aquella vida, si tenía que vivirla así? Pero para su desgracia, no tenía la fuerza ni el valor necesario para quitarse la vida. Y sin embargo, era incapaz de continuar así ni un minuto más. ¡Si tan sólo pudiera morir y resucitar para comenzar de nuevo! ¡Si tan sólo pudiera comenzar de nuevo!

Hundida en la desesperación, y comprendiendo que no había nada más que pudiera hacer para ayudarse a sí misma, clamó: "Dios mío, si hay algo que se pueda hacer para salvarme de esta horrible pesadilla, hazlo, por favor; tú tendrás que hacerlo todo solo". Por primera vez,

en muchos años sintió paz en su corazón y se durmió.

Cristiana se despertó muy temprano al día siguiente. *Leynardo* estaba allí todavía, aparentemente. Y sin embargo, todo parecía ser, de algún modo, diferente. Quizá el que estaba junto a ella era el hermano gemelo de *Leynardo*. La ternura en sus ojos y las hermosas líneas de su rostro hablaban de la lucha por la cual había pasado. Y había cicatrices en sus manos, las cuales, por alguna razón, no había notado antes. En vez de lanzarse hacia la cocina, comenzó el día tomando tiempo para ponerse en contacto con *Leynardo*. Más tarde, ese mismo día, repentinamente, se dio cuenta que estaba cantando mientras hacía el trabajo de la casa y lustraba la vajilla de plata.

A medida que los días transcurrían, Cristiana pasaba más tiempo tratando de conocer a esta persona. Casi no podía esperar la siguiente oportunidad para pasar un tiempo especial a solas con él, porque ahora sentía que él la amaba exactamente como era y la aceptaba aun cuando cometía errores. Y de alguna manera, mientras más amor y aceptación sentía, menos se preocupaba acerca de sus acciones, y menos errores cometía. Las demandas de *Leynardo* ya no parecían tan irrazonables como le habían parecido antes.

Entonces un día, lo comprendió todo. Toda su relación había cambiado. No sólo hallaba ella placer en agradarle, sino que sus propios intereses e inclinaciones estaban cambiando. Ella ahora estaba comenzando a amar las cosas que él amaba. Una vez había pensado que sólo si *Leynardo* moría podría ella encontrar la paz. Pero, qué

sorpresa, era Cristiana la que realmente había muerto y resucitado para caminar con *Leynardo* en novedad de vida.

QUE TU CONDUCTA RESPALDE LO QUE DICES CREER

Martín Lutero debería haber prestado más atención al apóstol Santiago. El apóstol dijo en esencia: "No hablen simplemente de fe, pruébenlo mediante sus actos". "Que sus palabras estén avaladas por sus hechos". "Los actos son más elocuentes que las palabras". Quiero escribir acerca de las buenas obras en la vida cristiana, aunque temo que este tema sea muy espinoso. ¿Deberíamos tratarlo realmente? ¿Qué ha pasado con las normas personales y eclesiásticas? ¿Se supone que deberíamos tener normas?

En la versión popular de la salvación por la fe, con su énfasis en el amor de Dios, el perdón y la aceptación, existe una tendencia a manejar estos términos alrededor

de lemas semejantes. Pero algo muy significativo fue escrito hace muchos años para nuestra iglesia: "La justicia de Cristo no es un manto para cubrir pecados que no han sido confesados ni abandonados; es un principio de vida que transforma el carácter y rige la conducta" (*El Deseado de todas las gentes*, pág. 509).

La justificación por la fe, si es real, no me hará menos cristiano, sino un cristiano mucho mejor. No me hará menos interesado en una obediencia genuina y en las buenas obras, sino más interesado en ellas. No me hará menos adventista. Si realmente entiendo todo lo que ella significa, me hará un mejor adventista. De modo que en nuestra atmósfera actual de simplemente convertir la salvación por la fe y el amor, el perdón y la aceptación de Dios en poco más que *slogans*, debemos darle el lugar correcto y el valor que les corresponde a las buenas obras. Antes de adentrarnos más en el asunto de normas y ética, necesitamos tratar el asunto de las obras en la vida cristiana.

Los concilios que han estudiado el tema de la fe y las obras se han reunido una y otra vez a lo largo de la historia de la iglesia cristiana. Algunos han dividido iglesias por la mitad. En consecuencia, sería más cómodo ignorar u olvidar este tema. Pero sabiendo lo que la Escritura enseña con relación a la fe y las obras, es vital entender lo que Dios espera de nuestras relaciones con el Señor.

En primer lugar, ¿existe alguna duda de que el tema de las buenas obras se expone en las Escrituras junto con el de la fe? En el famoso texto que usamos una y otra vez como apoyo a la salvación únicamente por la fe (Efe. 2:8, 9), leemos: "Porque por gracia sois salvos por medio de la

fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe". Pero a veces no leemos cómo el mismo pasaje sigue diciendo que fuimos creados para buenas obras.

Gálatas 2:16 dice: "Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo". Sin embargo, el apóstol Pablo añade: "¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera" (Rom. 3:31). La Biblia nos dice en Tito 2:14 que Jesús "se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". 2 Timoteo 3:16, 17 aclara: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para *toda buena obra*" (el énfasis es nuestro). Además: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Efe. 2:10). Por tanto, si usted busca en la Biblia, verá que el tema de las obras aparece en ella una y otra vez.

Yo lo comprobé en mi computadora (lee toda la Biblia en tres segundos), y había 120 textos que se relacionan directamente con las buenas obras. Descubrí que en la Escritura se describen buenas y malas obras. También hay buena y mala gente descritos en la Biblia. De modo que quizá podríamos dividir a la gente y sus obras en estas cuatro categorías:

- 1 • ¿Es posible que la gente mala haga malas obras? Por supuesto.
- 2 • ¿Es posible que la gente buena haga malas obras? Sí.

2 • ¿Es posible que la gente mala haga buenas obras? Naturalmente.

1 • ¿Es posible que la gente buena haga buenas obras? Desde luego.

Bien, ahora que ya dividimos el tema claramente, ¿en qué grupo le gustaría estar? ¿Qué en cuanto a las malas obras hechas por mala gente? ¿Quién acude a su mente cuando usted lee esta pregunta? ¿Piensa en la gente que crucificó a Jesús? ¿Quiénes eran ellos? ¿Buena o mala gente?

"No hay justo, ni aun uno" (Rom. 3:10). Muy bien, fueron mala gente, ¿verdad? Esto, por supuesto, nos lleva a la pregunta, ¿qué elementos hacen de usted una persona mala o buena? ¿No es lo que usted hace lo que lo convierte en persona buena o mala?

Imagine a Judas traicionando a Jesús. Era una mala persona, hacía malas obras, a lo menos en ese momento de su vida. Pero anteriormente, durante mucho tiempo dio la impresión de ser una persona buena. De hecho, al parecer, echaba fuera demonios, sanaba a los enfermos, limpiaba leprosos, y resucitaba muertos, al igual que los demás apóstoles. De modo que debe de haber estado actuando según lo que Dios considera bueno, durante ese tiempo. Pero luego cambió de conducta.

¿Qué diremos acerca de las malas obras realizadas por la gente buena? ¿Tenemos ejemplos de eso en la Escritura? Pienso en Pedro. ¿Era Pedro una buena persona? En este contexto, sí, Pedro era una buena persona. Echele una miradita al contexto inmediato del día anterior a la muerte de Jesús. Acababan de terminar la famosa Última Cena en el aposento alto, y Jesús les había dicho:

"Vosotros limpios estáis" (Juan 13:10). Estaban limpios por medio de la palabra que él les había hablado. Cristo les había dado las buenas nuevas del perdón y la limpieza del pecado. Pero muy pocas horas más tarde, Pedro blandía su espada al tratar de cortarle las orejas a la gente (por lo menos a una). ¿Fue mala aquella acción realizada por una persona buena? Pregúntele al siervo del sumo sacerdote y sabrá cuán mala fue. Yo me imagino que estaría más que dispuesto a admitir que fue una mala acción. Sin duda le produjo mucho dolor. Pero fue realizada por una persona buena. ¿En qué consistió el mal de aquella acción? ¿El hecho en sí, o las razones que lo impulsaron a hacerlo: tomar las cosas en sus propias manos, depender completamente de sí mismo en vez de confiar en Dios?

Jesús dijo: "Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?... Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos" (Juan 18:11, 36). Pero su reino no es de este mundo. De modo que lo malo acerca de Pedro no radicaba necesariamente en el hecho, aunque el siervo del sumo sacerdote no estaría muy de acuerdo. El caso es que él estaba tratando de hacer las cosas por sí mismo. Este es el verdadero problema en el asunto del pecado.

Pero Pedro todavía seguía siendo una buena persona. Los discípulos eran buenos de acuerdo con la declaración de Jesús: "Vosotros limpios estáis". Ellos eran buenos a causa de su justicia. Pero hicieron algunas cosas malas durante el tiempo en que anduvieron con Jesús. Por tanto, ¿qué factores hacen mala a una persona?

Hubo un hombre en Filadelfia que fue arrestado porque robó pan para dar de comer a su familia. En el tribunal, las evidencias mostraron que era un buen hombre, que trataba de ayudar a su familia, pero que había cometido una mala acción. El juez reconoció el delito y lo multó por su falta. Sin embargo, inmediatamente suspendió la sentencia y pasó el sombrero por la sala del tribunal pidiendo a cada uno que contribuyera con un donativo como castigo por vivir en una ciudad donde un hombre tenía que robar pan para dar de comer a su familia. Luego le entregó al hombre el dinero recolectado.

El juez debe de haber actuado de un modo un tanto similar a la forma como Dios actúa. ¿O no? ¿Siempre, siempre es malo robar? ¿No importa la razón que se tenga? Este es el escabroso tema que hemos de considerar aquí. Usted no puede hablar de lo que es correcto y erróneo, acerca de los actos buenos y malos, a menos que comprometa la cuestión de la moralidad, incluyendo la nueva moralidad.

¿Le resulta familiar la nueva moralidad? Es la así llamada ética situacional, cuya posición establece que está bien hacer malas cosas siempre y cuando se las haga por buenas razones.

O, ¿concuerta usted con el tipo de predicación que he escuchado desde niño, la que solía decir, fuerte, largo y claro: "Siempre, siempre es erróneo robar; siempre es equivocado mentir o timar o matar"? ¿Y es así de sencillo? Necesitamos explorar algunas de estas áreas cuando tocamos el tema de lo correcto, lo erróneo y los juicios morales.

¿Es posible que la gente mala realice buenas obras?

Inmediatamente pensamos en Mateo 7:21, 22, donde se registra lo que Jesús dijo:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

Y en el versículo 23, añadió: "Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad". ¿Quiere decir que profetizar en el nombre de Jesús es hacer iniquidad? ¿Es iniquidad echar fuera demonios? ¿Hacer muchas obras maravillosas es malo? ¿Qué fue lo que hizo malas las acciones de estas personas?

Estos pasajes enfocan algo que es crucial. Siendo que nacimos malos, la única forma en que alguna vez podamos experimentar alguna bondad es por medio de Jesús. Así que, lo que hace mala a la gente es vivir separados de Cristo, no importa lo que hagan. Y lo que hace buena a la gente es vivir en estrecha relación con él, sin import... Sin imp... Sin... Se me ha hecho sumamente difícil llegar hasta aquí, porque alguien podría malinterpretarme... ¿Sin importar lo que hagan? ¿Siempre juzga usted a las personas, en términos de malos y buenos, por sus acciones *solamente*? ¿O los ve usted, repitémoslo, a través de los lentes de la relación?

Cierta vez tomé la posición de que las buenas obras hechas separadas de Cristo son malas obras. Pero me criticaron duramente. La gente alegaba: "¡Usted no

puede decir eso! Las buenas obras hechas separadas de Cristo no son malas acciones, puesto que las obras por ellas mismas son buenas". De modo que cambié mi posición. Las buenas obras hechas separadas de Cristo son malas, punto. No es que sean malas obras, pero son malas.

¿Por qué son malas? Mencionemos dos razones que aparecen en Mateo 7:22. En primer lugar, estas personas pretendían: "¿No profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Pero *nunca habían conocido* a Jesús. De modo que, en esencia, eran mentirosos. Pretender hacer buenas obras en el nombre de Cristo, sin conocerlo, se convierte en un mentiroso. Todo es simple y pura mentira. La única persona que actúa realmente en el nombre de Jesús es la que está en relación vital con él. Fuera de eso, pretender ser un cristiano, pretender obrar en su nombre, es una pretensión y una mentira. Así que esto es lo primero que los hace culpables de iniquidad.

El segundo problema fue que estas personas habían caído en la trampa de pensar que iban a ir al cielo porque profetizaron y echaron fuera demonios y habían hecho muchos milagros. El problema de la salvación por obras, nuevamente. Ha sido un problema de la iglesia durante mucho tiempo. Pensar que yo puedo, en cualquier forma, salvarme a mí mismo, incluso en un diez por ciento, es una mentira y es iniquidad. Pablo dice que no somos salvos por obras; si lo fuéramos, entonces tendríamos algunas razones para gloriarnos. ¿Se ha detenido alguna vez a considerar algunas cosas de las cuales nos jactamos?

Incluso en el marco de la iglesia cristiana, podemos comprobar que estamos viviendo separados de Dios. Una de las primeras evidencias que así lo demuestran es la constante elevación del yo hasta las nubes. Pablo dice, si en algo he de gloriarme, entonces mejor me gloriaré frente a la gente que cree en la salvación por obras (estoy parafraseándolo. Véase Rom. 2:17-23.) Si he de obtener algún crédito, y si quiero otorgar algún crédito, entonces sería mejor que me asegurara de que estoy hablando a gente que cree en el sistema del mérito. De otra manera, no me lo agradecerán. Pero en lo que a Dios se refiere, no tenemos nada de qué gloriarnos. Y mientras más me acerco a Jesús, más pequeño me hago a los pies de la cruz. Arrodillarme con fe y humildad al pie de la cruz es el plano más elevado que jamás podré alcanzar.

De modo que Pablo lo aclara muy bien; no hay lugar para gloriarse. "Oh, pero yo he echado fuera demonios". Pero, ¿está usted seguro? Usted lo sabe bien, si yo fuera el diablo y hubiera leído en la Biblia lo que Jesús dijo, que Satanás no puede echar fuera a Satanás, yo me especializaría en eso. Diría que eso me protege. ¡Puedo hacer eso! Yo no creo que el diablo pueda echar fuera al diablo, pero creo que el diablo sabe cómo aparentar que él echa fuera demonios.

Yo supongo que usted ha oído hablar acerca del ministerio de liberación. Yo estoy orando para que Dios siga protegiéndonos de dicho ministerio, porque éste, por la forma en que surgió en las iglesias evangélicas, y el modo como ha tratado de penetrar en nuestra denominación, no es echar fuera demonios en lo absoluto. Simplemente así pareció ser por un tiempo. Y Satanás se siente muy

feliz aparentando echar fuera demonios, y poniendo algo peor en el procedimiento. Así que, echar fuera demonios, aun si fuera real, no me da lugar para que yo me gloríe. En realidad a estas alturas ya debería saber que los demonios son muy superiores a mí, y que quienquiera que los eche de verdad, es mayor que yo, y no puede ser otro que el Señor Jesús en persona.

¿Y qué en cuanto a profetizar? ¿Es bueno hacerlo? Hace poco escuché que la iglesia adventista en Francia desfraternizó a un así llamado profeta que estaba enviando mensajes. Después de haber considerado largamente el asunto, y tras analizar los frutos y los mensajes, la iglesia allí adoptó una actitud muy pesimista con respecto a alguien que pretenda ser un profeta.

Hubo una así llamada profetisa que se cambió de Florida a Oregón hace varios años. Yo escuché algunos de los casetes de sus profecías, supuestamente anunciadas en el nombre de Jesús. Pero después de cierto tiempo uno es capaz de captar indicios de falsedad en lo que esta gente se precia en decir y ser, alegando que las suyas son manifestaciones del don de profecía. Y cuando alguien comienza a hablar de su obra y a advertir acerca de su éxito, inmediatamente llega a ser cuestionado. ¿O no? Hacer buenas obras, ¿es malo? No, no si las obras son realmente buenas. Pero si yo busco crédito por ellas, eso las hace malas.

Deseemos ser personas con el tipo de mentalidad que quiere hacer buenas obras porque hemos descubierto a la Buena Persona. Y si usted lo analiza, pienso que descubrirá que para la persona realmente buena, la que conoce a Jesús como su Salvador personal, las buenas obras

surgirán espontáneamente. Estas no son calculadas, tampoco deliberadas. No son personas que dicen, cuando alguien viene por ayuda, "espera hasta que tengamos una multitud en la carpa o en el auditorio", o, "espera hasta que las cámaras de televisión estén aquí". Son el tipo de personas que actúan como Jesús obró. Cuando hacía una buena obra, incluso resucitar a un muerto, desaparecía poco tiempo después. Nunca buscaba la alabanza y el honor. Quería que toda la gloria y todo el honor fueran dados sólo al Padre. ¿No le gustaría que Dios le ayudase a ser una buena persona, por causa de la bondad de Jesús? ¿Y para que sus buenas obras surjan como resultados naturales y espontáneos?

Hace años, cuando era estudiante universitario, asistí a una conferencia bíblica en la Iglesia de Sligo, en Takoma Park, Maryland, en la cual H. M. S. Richards dio el sermón devocional. Nunca olvidaré su texto. Empezó a leer en Hechos, acerca de Bernabé, de quien se decía que "era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue agregada al Señor" (Hech. 11:24).

El predicador simplemente comentó algunos asuntos sencillos acerca de ese texto. "Ustedes saben —dijo—, cuando yo muera, espero que la gente no me recuerde como el predicador de los programas radiales ni por cualquier grandeza". Luego agregó: "Me gustaría ser recordado como un buen hombre. Espero que en mi familia, cuando piensen en mí, me vean como un buen hombre". Quizá esa no es una ambición egoísta, ser un buen hombre, una buena mujer, una buena persona llena del Espíritu Santo. Y si eso ocurre, "mucha gente" se va a añadir al Señor.

La Biblia habla acerca de las obras de la ley y las obras de la fe. Estas dos designaciones son muy claras. Algunas veces se muestran como malas obras vs buenas obras, u obras muertas vs obras vivas. Pero las etiquetas básicas son obras de la ley y obras de la fe. Yo supongo, en un sentido, que podemos decir que las obras de la ley son aquellas que tratamos de hacer para salvarnos. Y el apóstol Pablo dice que éstas son obras muertas. Me gustaría definirlas así: las obras de la ley son cualquier obra hecha separada de una relación de fe con Cristo. Y son obras muertas. Son inútiles en cuanto a todo lo que a Dios se refiere.

Las obras de fe son las buenas obras hechas en el marco de una relación con Cristo. En este sentido, la gente que está en esa relación algunas veces hace buenas obras y algunas veces las hace malas. Y la gente que está fuera de esa relación algunas veces hace buenas obras y otras las hace malas. Pero el meollo del asunto es estar en Cristo o fuera de Cristo.

La Biblia también explica el propósito de las buenas obras en la vida del cristiano. Y resulta bastante dura en este punto: las buenas obras nunca tienen el propósito de salvarnos para el cielo. A. T. Jones se puso de pie y dijo así en la década de 1890: "Las obras no cuentan para nada". Y fue reprobado por su fuerte declaración. Decir que las obras no tienen nada que ver con la salvación es erróneo. A mí me gustaría añadir una palabra en un intento por corregir esa frase. Nuestras buenas obras no tienen nada que hacer *para lograr* nuestra salvación. Pero tienen algo que hacer en relación con la salvación. Y aquí está la razón. Las buenas obras son siempre el

resultado de la fe genuina en Cristo. Y el propósito de las buenas obras es glorificar a Dios. "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 5:16). Y precisamente es la gente salvada la que quiere glorificar a Dios. Si no tienen la menor inclinación por glorificar a Dios, es suficiente evidencia de que todavía no han sido salvos. Las dos van juntas.

Y éste, por supuesto, es el tema de Santiago. El apóstol aclara que la fe y las obras van juntas, como el amor y el matrimonio; y "el amor y el matrimonio van juntos, como el caballo y el carruaje" (es una canción popular norteamericana de los años cuarenta). Creo que la ilustración ya no se aplica muy bien al matrimonio y el amor. Y, después de todo, no he visto demasiados caballos y carruajes últimamente. He tratado de imaginar alguna otra ilustración acerca de dos cosas que siempre van juntas. El trueno y el relámpago, quizá (pero mientras más cerca están, peores son, usted lo sabe).

El trueno y el relámpago no siempre van juntos. De modo que alguien salió con una mejor ilustración. La sombra y la luz del sol. Excepto para la gente que vive en Seattle (allí casi siempre está lloviendo y hace frío). Cuando se les pregunta qué hacen en el verano, la gente de Seattle responde: "Bueno, cuando cae en domingo, nos vamos de pesca". Por tanto, quizá debemos cambiar la ilustración simplemente por la luz y la sombra. Ellas siempre van juntas.

La fe y las obras van juntas, según Santiago. Usted no puede separarlas. La fe genuina producirá obras genuinas. Quizá por eso la Biblia dice que seremos juzgados y

recompensados por nuestras obras. Dios no se proponía dar la impresión, mediante sus profetas y sus escritores sagrados, de que podemos ser salvos en ningún sentido por nuestras obras. Pero si fe y obras siempre van juntas, nunca separadas y nunca solas, entonces, si usted dice que somos salvos por las obras, lo que está queriendo decir en realidad es que somos salvos por fe. Además, por supuesto, Dios es capaz de juzgarnos y recompensarnos de acuerdo con nuestras obras, porque él conoce los motivos que están detrás de ellas.

Un servicio fúnebre que celebré cierta vez ocurrió junto a la tumba de uno de los miembros de la banda de motociclistas "los angeles del infierno". La lápida de su tumba lucía presuntuosamente estas palabras: "Por siempre rebelde". ¡Qué epitafio! Yo me llené de ira inmediatamente. Quería alejarme al instante de aquella tumba, de aquel epitafio y de todo aquel asunto. ¿Quién querría gritar ante todo el mundo las palabras "Por siempre rebelde"? Luego comencé a pensar, sólo Dios sabe qué lo hizo ser así. Cuando nuestros jóvenes se rebelan contra la iglesia por haber oído demasiada justicia por las obras de la ley, sólo Dios conoce sus corazones y puede juzgarlos. ¿No se siente usted tranquilo al saber que el asunto estará en mejores manos que las nuestras cuando llegue el momento de juzgar las acciones de las personas?

Santiago puso muy en claro que si usted realmente tiene fe, lo va a demostrar haciendo que sus palabras sean justificadas por sus hechos. Santiago no habla acerca de *causas* de nuestra salvación, como lo hace Pablo. Este es un punto que con frecuencia no captamos. San-

tiago está hablando acerca de cómo saber si una persona tiene fe genuina o no. ¿Y cómo puede usted discernirlo? Si una persona tiene fe genuina, está interesada en las buenas obras, pero en las buenas obras de Dios, no en las suyas propias.

Es alentador saber que las obras de Dios pueden llegar a ser mis obras. Escuche estos interesantes pensamientos:

Jehová, tú nos darás paz, porque también hiciste en nosotros todas nuestras obras (Isa. 26:12).

Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad (Fil. 2:13).

Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (Heb. 13:20, 21).

Yo estoy interesado en las buenas obras, ¡las de Dios! ¿Y usted no? Oremos y estudiemos, mientras la iglesia lucha con este problema, para que no vayamos a terminar en lemas acerca de la salvación que nos induzcan a evadir las buenas obras. Más bien, busquemos la verdadera salvación a través de la fe, el amor, el perdón y la aceptación, incluyendo las obras de Dios que siempre los acompañan.

BLANCO, NEGRO O GRIS

(Primera parte)

A mí no me gustan las corbatas, pero me sacan de apuro cuando tengo que colgar el micrófono para hablar en la iglesia. Algunas veces me levanto en las mañanas antes que mi esposa; más tarde, cuando vuelvo a casa, ella mira los colores contrastantes de la corbata que he elegido, y dice: "No me digas que te pusiste eso, ¿o sí?" Y tengo que confesar que sí me la puse. Pero uso corbata en la iglesia sólo porque no quiero ofender a nadie. Hay algunas personas que podrían ofenderse y tener un concepto erróneo de mí si predicara sin mi corbata, ¿correcto?

Cuando llegamos al asunto de una obediencia verdadera, ¿cómo decidimos entre lo correcto y lo erróneo?

¿Cómo establecemos las normas de la iglesia y la ética personal? Al leer el título "Negro, blanco o gris", espero que usted no suponga que contiene ningún énfasis racial. Lo elegí de propósito, porque la mayoría de nosotros estamos familiarizados con el área negra, hacer algo erróneo por motivos erróneos (como matar seis millones de judíos por diversión, o porque los odio), o el área blanca, hacer las cosas correctas por razones correctas (como ir a la iglesia porque amamos a Dios).

Pero el área gris nos confunde. Incluso tratar de decidir cuáles áreas son grises resulta difícil. Quizá podemos comenzar diciendo que las áreas grises serían hacer lo correcto por razones equivocadas o hacer cosas buenas por razones equivocadas. Pero en un área gris, ¿qué métodos utiliza usted para decidir qué es correcto y qué es erróneo?

Yo he notado, por estudio y experiencia personal y casos históricos, que al diablo le gustan las áreas grises. Nunca lleva a la gente de la zona blanca a la negra de un gran salto. Los lleva a través de la zona gris, ¿verdad? Nadie se convierte de un bebé inocente en un asesino sanguinario de la noche a la mañana. La senda descendente que al diablo le gusta utilizar es siempre gradual. Y esos pasos descendentes pasan, por lo general, a través de un área gris. No deberíamos ver nada erróneo en el paso uno, excepto que conduce al paso dos, y con mucha frecuencia ni siquiera lo notamos, a menos que miremos hacia atrás.

Comencemos con la cuestión de la ética y las normas personales. Quizá entonces podríamos comprender mejor cómo manejar la ética y las normas de la iglesia.

La gente está acostumbrada a decidir qué es correcto y qué es erróneo de diversas maneras. Quizá una de las más antiguas sea: "Oh, mantengámonos en el centro de la línea". Uno de los mayores problemas de la iglesia cristiana de hoy es el gran número de moderados que militan en la línea del centro, que no pueden dejar su cruz porque nunca la han tomado. En la iglesia, conocida en el Apocalipsis como Laodicea (tibieza), el centro de la línea podría ser uno de los lugares erróneos por el cual andar. ¿O no? En la iglesia tibia (y es posible que la mayoría de nosotros, de acuerdo a la profecía, estemos en esa iglesia antes que Jesús venga), el lugar correcto del camino no debería ser el punto medio.

Algunas personas dicen: "Una forma de decidir qué es correcto y qué es erróneo es hacer siempre lo que Jesús haría". Pero nuestra comprensión de lo que Jesús haría está fuertemente influida por nuestro propio trasfondo, nuestro marco de referencia y nuestra cultura. Existe una diversidad de ideas en cuanto a lo que Jesús haría. Conozco a cristianos conservadores que piensan que es malo jugar al boliche y al billar. Y conozco a otros cristianos que aparentemente están tan interesados en Cristo como los demás, que piensan que están perfectamente bien ambos juegos. Mucho depende de la forma en que usted fue criado. De modo que, hacerse simplemente la pregunta, "¿qué haría Cristo?", podría no ser suficiente.

También tenemos personas que escriben cartas a la *Revista Adventista* preguntando si está bien asar papas en el horno durante el sábado. Yo, como pastor, he recibido llamadas telefónicas de los miembros que buscan respuestas a esta clase de preguntas. Siempre he pasado

momentos difíciles al tratar de contestarlas, y siempre termino diciendo: "¡De rodillas, mi amigo, de rodillas, y a su cámara secreta!" Obtener respuestas desde las oficinas generales de la iglesia es típico de una de las iglesias más grandes del mundo, que es conocida por no haber enseñado a sus miembros a pensar. Pero incluso en esa gigantesca iglesia ha habido cambios en años recientes y se está alentando a la gente a pensar (¡gracias a Dios por eso!).

Otro enfoque para decidir qué es correcto y qué es erróneo propone: "¿Qué hacen los demás? ¿Qué hace la mayoría?" Yo espero que entendamos cuán ingenua es esa actitud. Cierta vez iba yo manejando mi automóvil por la carretera de la autopista de Ohio, cuyos carriles estaban nítidamente divididos, cuando la línea del centro entre los dos carriles de mi lado estaba siendo pintada. Había señales que decían, "¡No pase!".

Finalmente me cansé de ir manejando detrás de alguien que no tenía prisa. Así que, cuando el carro que iba inmediatamente frente a mí se salió de la fila y pasó (manchando sus llantas de pintura blanca), yo también me salí y pasé. Y lo mismo hizo el oficial de la policía de caminos que venía detrás de mí. Luego nos pasó a los dos. Después de poner una multa al hombre que iba delante de mí, me preguntó: "¿Por qué pasó usted también?" Yo respondí: "Porque el que iba delante de mí lo hizo". El me replicó: "Si él saltara del puente de Brooklyn, ¿lo haría usted también?" Y yo comprendí, sobre la autopista de Ohio, cuán necio es hacer algo simplemente porque los demás lo hacen.

Así que, ¿cuál es su método para decidir entre lo

correcto y lo erróneo, particularmente cuando llega a un área gris? ¿Cómo decide usted las normas personales, especialmente en áreas como la música, el entretenimiento, los libros, la TV, la moda y la apariencia?

Las normas que sustenta la iglesia cristiana surgieron en el siglo pasado, y mucha gente se deleita en volverse contra ellas. De hecho, como casi todo lo que oímos acerca de ellas es negativo, pensé que quizá sería bueno echarles un vistazo por el lado positivo. Quiero hablar en favor de la ética personal y las normas cristianas y quizá incluso de las normas de la iglesia.

En la Biblia hallamos un texto que trata del asunto:

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo.

Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo (1 Juan 2:15, 16).

"No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo". Es un buen principio. Pero si yo viviera en Pennsylvania en la actualidad, e incluso en ciertas partes de Iowa y Missouri, pensaría que está fuera de lugar tener un automóvil e incluso andaría por la carretera con mi carricoche tirado por caballos. ¿Por qué? Porque algunas de esas comunidades consideran que es mundano tener un automóvil. Yo tuve un amigo que pensaba que era extravagante tener un reloj. "Eso es del mundo", dijo. De modo que, una vez más, sus puntos de vista en cuanto a lo correcto y lo erróneo son el resultado de la influencia

de su pasado, su idiosincrasia y su manera de pensar. ¿Cómo definiría usted "al mundo"?

Muchas veces oímos decir a algunas personas: "Dios nos ha dado mentes para pensar. ¿Por qué no usamos el cerebro que nos ha dado?" Cuando consideramos este enfoque, vamos hasta el Jardín del Edén, donde la serpiente dijo a la mujer desde el árbol: Anda, come. Puedes llegar a ser como Dios, conociendo el bien y el mal (véase Gén. 3:4, 5). Quizá una aplicación de esa vieja historia calce dentro del cuadro aquí. ¿De veras piensa usted que es un dios y que puede decidir entre el bien y el mal sólo con la ayuda de su pensamiento, sólo con usar su propia lógica y su propia razón? O, ¿no es una dolorosa realidad que casi toda nuestra lógica y nuestra razón sólo pueden relacionarse con acciones externas? He ahí el problema. La Biblia dice que la gente mira la apariencia, lo exterior, pero Dios mira, ¿dónde?, al corazón (véase 1 Sam. 16:7).

Proverbios nos dice que es extremadamente importante considerar el asunto del corazón. Y cuando la Biblia habla del corazón, se refiere a la mente, los motivos íntimos y los propósitos. "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida" (Prov. 4:23). Y Jesús les aclaró muy bien a los fariseos, que estaban muy preocupados por aparecer inmaculados en lo exterior, que eso es comparativamente insignificante si consideramos lo interior.

Quizá una de las mejores formas de comprender el área gris, y la razón por la cual hacemos o dejamos de hacer algo, sería examinar el interior. ¿Pero quién puede hacer esto? La Biblia dice: "Engañoso es el corazón más

que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?" (Jer. 17:9). Así que, ¿somos capaces de entender por qué hacemos lo que hacemos? Obviamente, Dios no sólo mira lo que hacemos; él mira por qué hacemos lo que hacemos. Y éstas son buenas nuevas. ¿No cree que valdría la pena pedirle que nos ayude a comprender por qué hacemos lo que hacemos? Este podría ser el factor decisivo para determinar si un asunto es blanco o negro al aproximarnos a la zona gris.

Otra pauta que me ayuda en términos de mi relación con la comunidad cristiana la encuentro en 1 Tesalonicenses 5:22, donde Pablo exhorta a la iglesia cristiana: "Abstenéos de toda especie de mal". Al parecer, hay algunas cosas que no son malas, pero que parecen malas. Y él dice, ¡evitadlas! Una vez más, estoy hablando de principios, no de generalidades, porque estoy muy consciente de que los detalles pueden polarizar la audiencia cristiana como ninguna otra cosa. Así que un buen principio para recordar es éste: evite la apariencia de mal.

Otro principio que compromete al cristiano dentro de la comunidad cristiana es la influencia. Tres referencias bíblicas tratan esta cuestión claramente. En Romanos 14, comenzando con el versículo 7, Pablo establece que una de las mejores formas de decidir entre lo correcto y lo erróneo, particularmente en asuntos en los que no tenemos un capítulo o un versículo que lo trate, es la forma en que influirá sobre los demás: "Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí". Luego en el versículo 10 agrega: "¿Por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano?" Y el versículo 12 reza: "De manera que cada uno de noso-

tros dará a Dios cuenta de sí". Es algo que haríamos muy bien en recordar. El versículo 13 añade: "Ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano". El versículo 16: "No sea, pues, vituperado vuestro bien". De manera que algo que podría ser bueno para mí podría ser malo para otro. Y luego inserta este principio en el versículo 21: "Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda o se debilite".

En una discusión sobre este versículo que se suscitó en una iglesia, alguien dijo: "Entonces ni siquiera saldría de mi cama en la mañana". Pero otra persona, basándose en eso, repuso: "Si te quedas en cama, eso podría ser motivo de tropiezo a otra persona también. Así que no puedes ganar en ningún sentido". Pues bien, en algún lugar del proceso tiene que haber algún pensamiento santificado en el cual Dios le brinde su ayuda a nuestra lógica. Pero la influencia es un principio que se considera claramente en los escritos de Pablo.

Veamos el segundo pasaje, donde el apóstol trata la misma cuestión.

Pero mirad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles. Porque si alguno te ve a ti, que tienes conocimiento, sentado a la mesa en un lugar de ídolos, la conciencia de aquel que es débil, ¿no será estimulada a comer de lo sacrificado a los ídolos? Y por el conocimiento tuyo, se perderá el hermano débil por quien Cristo murió. De esta manera, pues, pecando contra los hermanos e hiriendo su débil conciencia,

contra Cristo pecáis. Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano (1 Cor. 8:9-13).

El marco de estos capítulos se encuentra, por supuesto, en los días de Pablo. Los paganos dedicaban la comida, no sólo la carne, sino toda la comida, a los ídolos. Así que, cuando iban al mercado (y a veces los mercados se conocen como "mataderos"), podían comprar comida que ya había sido dedicada a los ídolos, y así tenían una ventaja en la preparación del almuerzo. En consecuencia, algunos cristianos compraban comida que ya había sido sacrificada a los ídolos, y otros empezaban a discutir si era correcto o incorrecto comerla. Pablo dijo en esencia: "¡Qué absurdo! La comida ofrecida a los ídolos no significa nada. ¿A quién le importa que haya sido sacrificada a los ídolos? Pero si alguno se ofende por ello, entonces no la coma".

Y luego dijo algo más, muy interesante, que suena algo así como si hablara con doble sentido. Se encuentra en 1 Corintios 10:23, 24: "Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica. Ninguno busque su propio bien, sino el del otro". Por supuesto, dice esto dentro de los límites de la Palabra de Dios. Cualquier cosa que la Palabra de Dios no condena es legal para mí, pero no todo edifica (o no ayuda). Que ningún hombre busque su propio bien, sino que cada quien busque el bien de su hermano. Y note lo que dice en los versículos 25, 28: "De todo lo que se vende en la carnicería, comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia... Mas si alguien os dijere: Esto fue sacrificado

a los ídolos; no lo comáis, por causa de aquel que lo declaró, y por motivos de conciencia; porque del Señor es la tierra y su plenitud". Así que, si alguien fuera a ofenderse si usted come, entonces no coma. Si alguien fuera a ofenderse si usted no come, entonces coma, dependiendo de con quién está usted. Luego dice en el versículo 32: "No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios" (ni siquiera con su corbata).

Al parecer algunas cosas nada tienen que ver con la moral. De modo que no importa si usted las hace o no. Pero se convierten en asuntos morales cuando ofenden a alguien u ocasionan la caída de alguien.

En los días cuando las iglesias tenían poco que decir en cuanto a quién sería su pastor, fui transferido a una nueva iglesia en Colorado y llegué como un completo desconocido. Llevé mi traje a la tintorería para que estuviera listo para el sábado y fui a la reunión de mitad de la semana ese miércoles de noche. Me senté en la fila de atrás y escuché al anciano que dirigía la reunión. Después de la sesión de oración se acercó a mí y me dijo:

—¿Y quién es usted?

Yo le respondí: —Soy su nuevo pastor.

—Me lo imaginé —repuso.

Cuando recogí mi traje de la tintorería, vino adherido un moñito en la solapa. Oh, por lo general yo no uso moño en la solapa, pero pensé que se veía bastante bien, así que se lo dejé y prediqué mi primer sermón de sábado por la mañana con el moñito en la solapa. Después del culto me invitaron a comer en un hogar, y la noticia ya había corrido largo trecho. Había un hermano en aquella congregación que hizo correr la voz por todos los pasillos:

"¡Cuidado con ese pastor! ¡Tarde o temprano va a dejar la fe! ¡Va a apostatar! ¡Tiene un moñito en la solapa!"

Cuando escuché aquel rumor, decidí ponerme dos moños en la solapa la siguiente semana, o cuando menos uno rojo bien grande. Pero luego me detuve y pensé: "¡Un momento! Si hago eso, entonces yo tendré un problema tan grande como el que él tiene ahora. Porque es obvio que tiene un problema. Se supone que yo soy su pastor, y me gustaría ayudarle. No necesito el moñito en la solapa. Así que hice la decisión de no usar moño en la solapa, no al menos en esa iglesia.

He contado esta historia muchas veces, y la gente me ha dicho después: "¡Oh, venga acá! No se meta con gente enferma. Si ellos tienen un problema, déjelos con su problema. No se vuelva débil sólo porque alguien tiene ese tipo de mentalidad". Pero eso no es lo que Pablo dice. Y aquí viene lo mejor para los hermanos cristianos. Pablo dice que si usted tiene gente débil en su medio, que puede tropezar por causa de lo que usted vaya a hacer, entonces no lo haga. ¿No dice así el principio bíblico?

Bien, me gustaría poderles informar que aquel hombre se convirtió de su mal camino y llegó a ser un líder espiritual o algo parecido; pero lamento no poder hacerlo. Sin embargo, puedo decirles que llegamos a ser buenos amigos, y tuvimos muchas conversaciones interesantes. Me sentí feliz de ser su pastor, del mejor modo posible, sin mi moñito.

Quizá sería bueno considerar esto como un principio para los cristianos: si usted puede pasársela sin llevar algo que pudiera ser causa de tropiezo para alguien, entonces siga adelante y trace la línea al otro lado. ¿Es

justo eso? Parece que eso es lo que la Biblia quiere decir.

¡Pero espere un momentito! ¿Es lógico, y está de acuerdo con una exposición bíblica razonable, que lo que hago o dejo de hacer basta para resolver todos los problemas? ¿O hay una solución más profunda al problema del área gris? Creo que debe de haber una mejor solución. Isaías 30:21 dice: "Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda". En Juan 10:4, 5 Jesús dice a la letra: "Y las ovejas le siguen, porque conocen su voz". Juan 16:13 dice: el Espíritu Santo "os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir". Filipenses 2:13 añade: "Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad". Gálatas 2:20 dice: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí".

Aquí tenemos algo que es mucho más significativo que simplemente recurrir a la iglesia o escribir a las oficinas generales pidiendo respuestas. Tiene que ver con una relación con Dios por medio de la cual recibimos nuestras propias señales. Manejar simplemente la cuestión de lo correcto y lo erróneo por medio de la lógica y la razón, no funciona. Tengo que saber cómo recibir señales desde arriba.

De hecho, me gustaría proponer, sobre la base de este principio escriturístico, que la única persona capaz de cuando menos discutir la cuestión de lo correcto y lo erróneo, ya no digamos de saber qué es lo correcto y qué es lo

erróneo, es aquella que tiene una relación vital con Jesús día tras día. Es la única forma.

Por tanto, si decidiéramos discutir acerca de si es bueno o no ver la última película, entonces deberíamos aplicar, para hacer válida dicha discusión, dos criterios: uno, que las personas que vengan a la discusión hayan visto la última película; segundo, que hayan pasado suficiente tiempo solos de rodillas, frente a la Palabra de Dios cada día. Entonces sí podríamos tener una discusión significativa acerca de lo correcto y lo erróneo. ¿No le parece?

Pero, aún más allá está el ejemplo de Uno que vino haciendo un viaje largo y costoso para salvarnos.

La iglesia primitiva acostumbraba bautizar por inmersión y lavarse los pies para la Cena del Señor. Luego alguien dijo: "Esto es inconveniente. Usted se moja y entonces tiene que secarse. ¿Por qué entonces no lo hacemos en una forma más conveniente? Y fue así como todas las cosas convenientes vinieron a la vida. Sin embargo, nunca he encontrado en la Escritura que deberíamos hacer lo que hacemos sobre la base de la conveniencia. Deberíamos hacerlo sobre la base de lo que Dios dice.

¿Podría recordarles que no era conveniente que Jesús viniera y muriera? No era conveniente para él sudar gotas de sangre en el Getsemaní. Cuando miramos a Jesús, no vemos a un moderado que siempre quiere estar en el término medio, que está tratando de salir adelante invirtiendo lo menos posible. Nosotros no respetamos esa actitud ni siquiera en el campo de la medicina o la educación. Cuando voy a ver a un médico o a un cirujano, no

me gusta elegir a alguien que trate de salir adelante con la norma más baja posible. Quiero a alguien que aspire a la cumbre. ¿Y usted? Es por eso que me gustaría incluir la siguiente cita que pienso contiene dinamita: Es de *El camino a Cristo*, pág. 45:

Los que sienten el amor constreñidor de Dios no preguntan cuánto es lo menos que pueden darle para satisfacer lo que El requiere; no preguntan cuál es la norma más baja que acepta, sino que aspiran a una vida de completa conformidad con la voluntad de su Redentor. Con ardiente deseo lo entregan todo y manifiestan un interés proporcional al valor del objeto que procuran. El profesar que se pertenece a Cristo sin sentir ese amor profundo, es mera charla, árido formalismo, gravosa y vil tarea.

Eso tiene sentido para mí. Si entiendo que nací para vivir para siempre, y si pienso que estaré aquí sólo unos 70 años porque Dios tiene algo mejor, entonces quiero conocer todos los principios de su reino. Y quiero que él me guíe para seguirlos, en vez de tratar de hallar la forma de sacar lo más posible con la menor inversión. ¿No está de acuerdo conmigo el lector?

Así que, por favor, trate de captar por medio de su imaginación, el cuadro de Aquel que luchó en el Getsemaní y que hizo la decisión de seguir adelante a pesar del sudor, a pesar de la angustia, a pesar de todo sufrimiento a fin de salvarnos a usted y a mí. E imagínese usted mismo, en respuesta a ese amor, entregándose completamente a él.

BLANCO, NEGRO O GRIS

(Segunda parte)

Cierta vez alguien le preguntó a H. M. S. Richards: "¿Es correcto que se maquillen las mujeres?" El contestó: "Cuando el granero necesita pintura, píntenlo". Aunque no estoy seguro exactamente qué quiso decir con eso, me gustaría que todas nuestras respuestas fueran tan sencillas como esa.

Pero las respuestas raramente son así de sencillas y fáciles cuando tratamos de analizar la cuestión de las normas de la iglesia y la ética. ¿Qué es correcto y qué no lo es? ¿Qué hace usted con las áreas grises? El diablo nunca lleva a una persona de lo blanco a lo negro de un solo salto. Lo lleva a través de áreas grises, poquito a poco. Y ¿cómo sabe usted la forma de decidir con respecto

a lo correcto o lo erróneo en áreas grises tales como dónde ir; qué comer; o qué normas aplicar a la música, al entretenimiento, a la lectura, la televisión y el vestido?

Para contestar estas preguntas debemos necesariamente referirnos a los principios. Como pastor, he descubierto que la gente trata de exprimirme haciéndome que les hable acerca de detalles, pero yo trato de evitarlos. Resulta que en nuestro hogar tuvimos dos adolescentes, un hijo con pelo largo y una hija con faldas cortas. Yo tenía problemas porque quería influir sobre ellos en esos dos aspectos. Pero también sabía que ninguno de los dos había entregado su vida a Jesús. Creo que no se deben tratar las normas de la iglesia o de la ética personal como si fueran asuntos religiosos, si la persona todavía no le ha entregado su vida a Jesús. Simplemente no es posible. Si usted lo hace, estará impidiendo que hagan su decisión por Cristo, ya que ellos verán a Dios como a uno que quiere entrometerse y echar a perder su estilo de vida. Así que decidí ser el chivo y decirles lo que yo quería que hicieran. Cuando me preguntaron por qué, les contesté: "Porque yo lo digo; eso es todo".

Muchas de las normas y reglamentos de nuestros colegios no tienen nada que ver con Dios, ni con la fe ni con la religión. Y no podemos insistir en que así sea, cuando tenemos muchos jóvenes que no han entregado su vida a Jesús todavía. Sólo cuando lo hayan hecho, y tengan una relación con Dios, aquello tendrá sentido para ellos. ¡Pero antes, no!

Sabemos que en cada congregación hay personas que escuchan pero que todavía no han entregado su vida a Cristo. Así que no entremos en detalles ni digamos cosas

que podrían alejarlos. Por eso es que hablamos de principios.

Al ponderar la importancia de los principios, pienso en los astronautas que tratan de viajar en naves espaciales. Si yo fuera un astronauta elegido para una misión, no trataría de ver cuánto podría pasar por alto durante el programa de entrenamiento. No trataría de ver cuán poca atención podría dedicarle al aprendizaje de las reglas y normas del viaje y al entrenamiento. Lo que trataría de hacer sería llegar a la perfección. ¿Y usted? A mí me gustaría dominar todo a la perfección.

El mensaje implícito en esta ilustración acerca del espacio es que nuestras normas, nuestras reglas, nuestros reglamentos y nuestra ética tienen algo que ver con el hecho de llevarnos de la tierra al cielo. Por eso quiero volver atrás y hacer esto tan claro como sea posible. Cuando hablamos acerca de lo que es correcto y de lo que no lo es, y acerca de la ética y la moralidad, no estamos hablando de algo que nos lleva al cielo. Nosotros llegaremos al cielo únicamente gracias a lo que Jesús hizo. Aceptar eso, y seguir aceptándolo por medio de una relación diaria con él hasta que vuelva, es el método de nuestra salvación. Por otra parte, mis decisiones acerca de lo correcto y lo erróneo, y la forma como relaciono mi estilo de vida con todas estas áreas grises, puede tener algo que ver con mi relación con Jesús.

Yo descubrí eso una noche tras haberme quedado despierto hasta ver el último programa de televisión. Se trataba del misterioso caso de un asesinato; pero excusé mi acción porque el filme tenía a un misionero involucrado. Realmente logró que mi *Deseado de todas las gen-*

tes pareciera aburrido a la mañana siguiente. Y eso afectó mi vida devocional. Si cualquier cosa en la que estoy involucrado, dondequiera que voy, cualquier cosa que haga, influye de alguna manera en mi caminar diario y mi relación con Jesús, entonces eso tiene algo que ver con mi viaje de la tierra al cielo. ¿O no?

Incluso los defensores de la nueva teología, quienes aseguran que la justificación es el evangelio, y que no hay nada más que tenga que ver con él, añadirían, como entre dientes: "Pero Dios no justifica a nadie si no lo santifica también". Así que, cuando hablamos de las normas de la iglesia, o de las normas personales; cuando hablamos acerca de la determinación de lo correcto y lo erróneo, de hecho estamos tratando con algo que impacta nuestra salvación, si afecta nuestra relación con Jesús.

Hasta aquí hemos formulado cuatro principios mediante los cuales podemos decidir qué es correcto y qué es erróneo:

1. *Numero uno:* ¿Cuáles son mis motivos? ¿Puedo pedir a Dios que me ayude a comprender el asunto? ¿Qué es lo que realmente quiero en esta situación? (Por lo general tenemos dos razones para hacer lo que hacemos: ¡una "buena" razón y la verdadera razón!)
2. *Número dos:* Evitar la apariencia de mal. Esto no tendría ningún efecto si nos encontráramos abandonados en una isla deshabitada. Pero estamos en el mundo, donde hay personas, e incluso la apariencia de mal puede deshonrar el nombre de Dios.
3. *Número tres:* El principio de la influencia. No hemos dado suficiente crédito a una pequeña dama que escribió muchos libros en los que considera ampliamente el poder

de la influencia. Nosotros pensamos que esta autora fue, probablemente, la más rígida, conservadora, y de cara más larga que existió jamás. Pero la señora Elena de White le da en el clavo cuando trata este asunto. Cuando hablamos acerca de ciertas normas, tenemos una y mil razones superficiales para hacer algo o no hacerlo. Pero para ella, la razón principal era la influencia. No haga nada que pudiera ser causa de tropiezo u ofensa para alguien, siempre y cuando sea algo que usted no necesita y puede seguir adelante sin ello.

Yo escribí las palabras *ofendido* y *ofender* en mi computadora y descubrí un texto escrito por el salmista, uno que todos hemos escuchado en algún momento de nuestra vida: "~~Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo~~" [y nada los ofenderá (versión de King James)] (Sal. 119:165). Y obtuve una nueva comprensión de este antiguo texto. Si ~~alguien dentro de la iglesia se ofende por lo que hago, entonces prueban que no aman la ley de Dios en absoluto. A decir verdad, la odian.~~

De manera que, si hago algo que a alguien le parece que es malo, porque son conservadores, rígidos defensores de la ley de Dios, y se ofenden, esto prueba que no aman la ley de Dios. Porque "~~mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo~~" [ofensa]. La verdad es que odian la ley y temen, al parecer, que vaya a zafarme de algo a lo cual ellos no pueden escapar.

Una forma de reaccionar ante este tipo de gente extremista es "dejar que se cuezan en su propio jugo". Pero Pablo dice: "No; no ofendan ni siquiera a gente que odia la ley y que han vivido en el escrupuloso mundo del

legalismo toda su vida". Pablo dijo: "No los ofendáis". "Oh, pero son ellos los responsables de sus propios problemas". "¡No! ¡Yo también soy responsable de ellos!, dice: No los ofendáis". Y eso es un principio bíblico, porque estamos tratando de ayudar a las personas a salir de sus problemas y orientándolas hacia algo mucho mejor.

➤ *Número cuatro:* ¿Hacia dónde nos llevará esto? ¿Qué otros asuntos están relacionados con ello? La mayoría de nosotros estamos familiarizados con este tipo de historias. Podríamos dar muchos ejemplos de personas que siguieron la senda descendente al alejarse de Dios. Y la mayoría de nosotros hemos tenido alguna experiencia con ellos.

Jesús elevó una hermosa oración por aquellos que vivirían rodeados de sendas descendentes. Justamente antes de su arresto, durante el tiempo que estuvo con sus discípulos, rogó a su Padre: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" (Juan 17:15). No nos elevamos a la altura de las normas que Dios ha diseñado para sus hijos volviéndonos ermitaños o apartándonos a una isla deshabitada. No llegamos allí porque seamos gente especial (como esos que se sientan en lo alto de un poste), o porque nos acostemos en un lecho de clavos. Estamos en el mundo. "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal".

Nuestra fuente de información primaria para discernir entre lo correcto y lo erróneo es nuestra intimidad con Jesús. Con esto en mente, me gustaría que recordásemos la famosa parábola del pastor y las ovejas, donde Jesús es el pastor y nosotros las ovejas. Jesús es también la puerta del redil.

De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños (Juan 10:1-5).

Las ovejas le siguen porque conocen su voz.

Un suizo me dijo que cuando era niño él y un amiguito suyo cuidaban sus rebaños muy cerca el uno del otro en la ladera de una montaña. Se acompañaban mutuamente mientras cuidaban juntos las ovejas. Pero un día los azotó una terrible tempestad y tuvieron que correr a refugiarse. Las ovejas se esparcieron y mezclaron totalmente amontonándose en diversos lugares en busca de protección durante los truenos, relámpagos, el viento y la lluvia.

Cuando finalmente cesó la tormenta, los niños pastores tuvieron problemas para reconocer a sus ovejas. Perdieron mucho tiempo tratando de separarlas. Finalmente, frustrados, dijeron: "No lo podemos hacer, simplemente nos iremos a casa en busca de ayuda". Fue así como el uno se dirigió por un rumbo y el otro por el lado opuesto. Para sorpresa de ambos, las ovejas también se separaron y siguieron cada una a su propio pastor. Ellas conocían la voz de sus pastores y los siguieron.

En el notable libro *El Deseado de todas las gentes*, encontramos esta declaración: "Cuando conozcamos a Dios, como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia" (pág. 621). El énfasis se pone, clarísimamente, sobre la necesidad de conocer a Dios. Pero el mismo párrafo habla directamente de nuestro tema: "Los que decidan no hacer, en ningún ramo, algo que desagrade a Dios, sabrán, después de presentarle su caso, exactamente qué conducta seguir. Y recibirán no solamente sabiduría, sino fuerza".

De modo que tenemos esta secuencia:

1. Las personas llegan a conocer a Dios personalmente. (De nuevo la teología relacional.)
2. Se enfrentan a un serio problema cuando tratan de decidir por ellos mismos lo que es correcto o erróneo.
3. Han decidido no hacer nada que desagrade a Dios.
4. Se les promete que "sabrán, después de presentarle su caso, exactamente qué conducta seguir".
5. Reciben no sólo sabiduría de lo alto para discernir entre el bien y el mal en estas zonas grises, sino también fuerza para hacer lo que es correcto.

¿No son éstas buenas nuevas? Muchas personas creen saber qué es lo correcto en estas áreas grises, pero carecen de fuerza para hacerlo. Si alguno piensa que ya es grandecito para *saber* qué es el bien y el mal en primer lugar, y en segundo para *hacer* lo que es correcto, entonces tiene una idea equivocada de quién es realmente su Dios. No somos lo suficientemente grandes como para independizarnos del Señor.

Sólo hay dos clases de personas en el mundo. Los que conocen a Dios y los que no lo conocen. Estas dos clases

de personas existen en todo lugar, incluyendo mi propia iglesia. Muchas personas están desilusionadas con la religión organizada de la actualidad y no quieren tener nada que ver con ella, pero todavía tienen sincero interés en Dios, y están haciendo esfuerzos por conocerle a través de su Palabra y a través de la oración. Algunas encuestas revelan que de estas dos clases de personas sólo la minoría de los que asisten a la iglesia conocen realmente a Dios. La mayoría todavía está atrapada en la justificación por la herencia, la justificación por ser miembro de la iglesia, la justificación por la ética o la justificación por la celebración.

Aventuraré una conclusión. Creo que cuando llegamos al asunto de lo correcto o lo erróneo, la persona que conoce a Dios sigue siendo la misma, no importa en qué lugar del mundo se encuentre. El mismo Espíritu Santo está inmerso en sus vidas y en sus relaciones con Dios. El los guía en términos de lo correcto y lo erróneo y les da poder para hacer lo bueno.

Por otra parte, los que no conocen a Dios son como camaleones. Mimetizan el color de su piel para adaptarse al ambiente donde se desenvuelven. (¡Yo supongo que usted oyó hablar del camaleón que se paró sobre una tela multicolor escocesa y casi se volvió loco!) En realidad, tratar de decidir qué es correcto y qué no lo es simplemente sobre la base de las ideas de la mayoría, es como para volverse loco. Pero eso es lo que sucede con la gente que no conoce a Dios. Para ellos, la religión y la iglesia no son más que un club, y se conforman a sus normas fácilmente, no importa cuáles sean esas normas.

Una invitación pastoral nos llevó una vez desde el

noroeste hasta el sur de California, y estábamos muy interesados en trasladarnos a esa región. Habíamos oído hablar mucho de "los adventistas del sur de California". Durante el tiempo que me tocó pastorear la iglesia de White Memorial, me resultaba interesante observar a algunos de los estudiantes que llegaban a la Universidad de Loma Linda procedentes del Este, el Este conservador. Eran conservadores cuando llegaron. Pero cambiaron casi de la noche a la mañana. Se conformaron con la atmósfera en la que estaban inmersos. Fue tan obvio, que era imposible ignorarlo. Y quedó demostrado que sus normas, su ética, su estilo de vida, estaban determinados simplemente por la mayoría en medio de la cual se encontraban.

¿No hay algo más profundo y verdadero que nos impulse? Debería haberlo. Yo no quiero que mis decisiones en cuanto a lo correcto y lo erróneo sean influidas o determinadas por la multitud en medio de la cual me encuentro.

Hace algún tiempo, durante mi primer año de ministerio, trabajé en un pueblo pequeño cerca de Bakersfield, California. Se suponía que yo debía hacerme cargo de Taft, un pueblecito por allá detrás de los campos petrolíferos. Era una iglesita llena de gente muy celosa en compartir su fe con otros. De modo que empezamos algunos estudios bíblicos, y la gente asistió. Es posible que yo haya dado más estudios bíblicos ese primer año que en cualquier otro año, desde entonces.

Era muy fascinante ver a la gente que se interesaba en el evangelio. Una pareja joven sencillamente no parecía conseguir todo lo que deseaba aprender en un estudio.

Decían: "Venga y estudie otro día con nosotros. Venga después del sermón y coma con nosotros y estudiemos un poco más". Estudiábamos la Biblia con ellos en cada oportunidad que teníamos. El apetito por las cosas de Dios parecía insaciable.

Sin embargo, llegamos al asunto del arreglo personal. La joven mujer se parecía a la bestia escarlata y a la mujer de Apocalipsis 17. Se arreglaba en forma exagerada, incluso para el mundo, con una media docena de collares pegados al cuello, los aretes le llegaban a los hombros y los brazaletes le cubrían los brazos. ¡Debo decir que aquello era en realidad exagerado. ¡Y todo eso rematado con un maquillaje de color morado! ¡Jamás hablamos acerca de sus joyas ni del maquillaje! Todo lo que hicimos fue estudiar la Biblia.

Y comencé a ver cómo cambiaba la "pintura del granero". Y me puse nervioso. ¡Me puse realmente nervioso al respecto! Pensé que algún vecino suyo miembro legalista de la iglesia, estaba trabajando con ellos. Pero el milagro ocurrió gradualmente. El morado cambió a rojo y luego a rosa. Los collares disminuyeron de cinco a cuatro, luego a uno y finalmente a ninguno. Los aretes que le llegaban hasta los hombros se hicieron cada vez más cortos. Debe de haber tenido una fabulosa colección de joyas en algún lugar. Pero todas las cosas comenzaron a cambiar.

Continué sintiéndome nervioso al respecto, particularmente cuando al llegar un día encontré a ambos masticando pedazos de madera. ¡Yo pensé que aquella pareja había perdido la cabeza!

—¿Qué hacen? —les pregunté.

—Estamos tratando de dejar de fumar —fue su respues-

ta.

—¿Por qué? ¿Por qué están tratando de dejar de fumar?
¿Alguien les ha hablado al respecto?

—No.

—Entonces, ¿por qué todos esos cambios en su vida?

—No sabemos por qué.

Simplemente había un principio obrando. A medida que Jesús entraba, ellos cambiaban espontáneamente. No puedo decirles cuántas veces he visto este milagro en personas que han comprendido la Biblia y comenzado a pensar en las cosas del cielo. Sólo cuando Jesús entra podemos encontrar la única respuesta verdadera al significado de lo correcto y lo erróneo.

Podría ocurrir de un modo diferente para varios individuos en distintas etapas de sus vidas. Debemos entender esto y no tratar de urgar en la vida de los demás. Pero todavía ocurre, y es real. Porque los que conocen a Dios están siendo guiados a una vida de continua obediencia. Ellos saben, a medida que pasan tiempo con él, qué camino seguir. Reciben tanto sabiduría como poder.

¿Qué conclusiones podemos sacar de todo esto? Las ovejas genuinas conocen la voz de su pastor. El tiene una forma peculiar de comunicarles su voluntad en cualquier momento y bajo cualquier circunstancia. No puedo explicarlo. Usted tampoco puede explicarlo. Pero podemos experimentarlo. Y mientras más nos acercamos a Jesús, más seguros estaremos al determinar lo correcto y lo erróneo por nosotros mismos, según las circunstancias en las que nos encontremos en ese momento.

Tenemos a continuación este texto muy significativo del apóstol Pablo, Hebreos 12:1, 2: "Por tanto, nosotros

también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso". ¿Notó bien qué palabra emplea el apóstol? "Despojémonos de todo *peso*". Puede ser que el *peso* no sea un pecado, pero es un peso. Es algo que estorba nuestra relación con Cristo. "Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante. Puestos los ojos en Jesús" (el énfasis es nuestro). Y cuando miramos a Jesús, los pecados y los pesos son afectados. Pueden ser dejados atrás.

Tengo una pregunta para usted. Está basada en experiencias de personas que afrontan diversas crisis en sus vidas: tragedias, tristezas, enfermedades terminales, o pérdidas de seres amados. ¿Ha notado usted que hay algunas cosas, tales como las que se encuentran en la zona gris, que de alguna manera no parecen tan importantes frente a las tragedias y las crisis? ¿Ha experimentado usted esto? De alguna manera, en esos momentos podemos ver mejor lo que es realmente importante y lo que es superficial.

Pero, insisto en preguntarle: si usted supiera con certeza que Jesús regresará en seis meses, ¿afectaría eso de algún modo los lugares que frecuenta, lo que hace, o su estilo de vida, particularmente en las áreas grises? ¿Lo afectaría? ¿Honestamente? Yo creo que sí. Siento que no estaría fuera de lugar hacernos cada uno esa pregunta.

¿Será posible que nos deslicemos a presión entre las puertas de perlas de la ciudad de Dios? ¿Nos infiltraremos de alguna manera con las calificaciones mínimas y trataremos de entrar por la fuerza en las puertas de la patria celestial?

En los albores del lejano oeste, una diligencia tenía vacante el puesto de conductor. La compañía invitó a las personas a hacer su solicitud, y tres hombres respondieron. Mientras el primero era entrevistado, se le preguntó:

—¿Conoce usted aquel lugar particularmente peligroso en las montañas, donde el precipicio está cortado a pico por un lado y las rocas forman una pared por el otro? ¿Cuán cerca del borde del precipicio puede usted pasar y hacerlo con seguridad?

El respondió:

—Yo tengo mucha experiencia. Puedo pasar a 25 centímetros del borde y hacerlo con seguridad.

Entrevistaron al segundo interesado. Le hicieron la misma pregunta:

—¿Conoce aquel lugar...? ¿Cuán cerca del borde puede usted pasar y hacerlo con seguridad?

El respondió:

—He tenido mucha experiencia. Sé conducir. Conozco mis caballos. Puedo pasar a 12 centímetros del borde y hacerlo con seguridad.

Llamaron al tercer hombre, quien respondió así a la misma pregunta:

—No sé cuán cerca del borde pueda pasar y hacerlo con seguridad; pero una cosa sí puedo asegurarles, voy a pasar tan lejos del borde como pueda. —¡Obtuvo el trabajo!

Una vez conté esta historia en la iglesia y un miembro se me acercó después del culto y me dijo: "He estado pasando muy lejos del borde durante tantísimos años que me he arañado al colgarme de la pared de roca por el otro

lado". ¿De veras quiere usted vivir en el cielo con personas que han tratado de llegar allí haciendo todos los esfuerzos posibles?

Quizá podamos ver a Jesús otra vez, reflejado en la llanura de Dura, ante los ojos de aquellos tres jóvenes hebreos, Sadrac, Mesac y Abed-nego. Todavía recuerdo que cuando yo era niño, oía predicar a mi tío acerca de esos valientes jovencitos hebreos. Habían echado a perder la fiesta de Nabucodonosor. Este quería asegurarse de que no habría Medo-Persia, Grecia, ni Roma. Así que erigió aquella gigantesca imagen. Se suponía que todos debían inclinarse ante ella cuando escucharan la música.

De pronto un mensajero llegó corriendo hacia Nabucodonosor y le dijo: "Hay tres que no se arrodillaron". Así que los llamó a su presencia. Y los reconoció como sus amigos. Tenía un enorme respeto por ellos.

Quizá su súplica se pareció mucho a esto:

—Vamos, amigos. Yo los conozco. Conozco a su Dios, y siento una gran simpatía por todo lo que ustedes creen. En realidad, los admiro. Pero estamos tratando de hacer algo aquí hoy por causa de la nación, el reino. Vayan y oren a su propio Dios. Simplemente arrodíllense, aunque sea en una sola rodilla. Simplemente pónganse sobre una sola rodilla y miren hacia otro lado. Ni siquiera tienen que mirar a la imagen. Eleven una sencilla oración a su Dios. Simplemente no echen a perder la fiesta.

Y usted recuerda lo que ellos dijeron:

—Oh, Nabucodonosor, no necesitamos responderte en este asunto. No adoraremos la estatua que has levantado (véase Dan. 3:16-18). No eran moderados que iban por el término medio. Eran hombres dedicados al Dios a quien

servían. Y nada podía desviarlos de su obediencia invisible a él. A medida que el Espíritu de Dios le hable, me gustaría invitarle a decidir en su propia mente que no tratará de hacer lo menos posible ni de obtener lo más con el menor esfuerzo. Póngase como blanco la norma más alta posible.

ETICA SITUACIONAL

Si alguien tratara de entrar en mi casa y lastimar a mi familia, yo pelearía hasta morir". Así afirmaba mi maestro de teología en la universidad. Más tarde, como pastor, yo visitaba a dos ancianitas que vivían una junto a la otra. Los tres estábamos en la casa de una de ellas, cuando llegamos al punto de la seguridad y lo que pasaría si alguien tratara de entrar en la casa. Una de las ancianitas dijo: "Simplemente tengo que confiar en Dios". La otra confesó: "Tengo una pistola cargada debajo de mi almohada. Está cargada y el asunto de la seguridad está resuelto". Yo vi sus manos temblorosas, y me dije: "Vamos, abuelita, con semejante tembladera no será capaz de apuntarle ni a la pared".

Cuando tratamos este asunto de las normas, ese plato de papas calientes en la mesa del adventismo, yo acepto sencillamente la posición de que la religión de Jesucristo en el corazón no nos guía a una norma más baja de

conducta; sino a la más alta jamás conocida. No me hace menos adventista del séptimo día, sino un mejor adventista. El amor, el perdón y la aceptación no hacen a un lado las normas de la vida; antes bien, mejoran el estilo de vida que tiende hacia Dios. Esto no quiere decir que todas las mujeres tengan que atarse el cabello con un moño y usar tacones cuadrados, y todos los hombres comiencen a vestir de negro impecable y a poner las caras más largas que puedan existir. Sí, hacen a un lado algunas de nuestras tradiciones; pero ciertamente no ponen por los suelos las normas de la vida cristiana. Si lo hacen, entonces no es la religión de Jesucristo, en absoluto. De modo que estoy a favor de la ética y la moralidad que la Biblia enseña.

En este capítulo vamos a echar un vistazo a la ética situacional, la nueva moralidad en boga en estos últimos años. Está asomando, una vez más, su silueta. De hecho, es probable que usted haya oído algo acerca de ella en la televisión, las revistas y el periódico. Las denominaciones importantes están examinando sus normas, y algunas de ellas tratan de "seguir la corriente". Otras están resistiendo la inundación y tratan de mantenerse firmes. Hay un nuevo término para designar a este tipo de ética: "amor-justicia". Y estamos muy empeñados en debatir acerca del lugar adonde nos conducirá.

¿Está bien hacer algo incorrecto si se hace por una razón correcta? Esa es la idea que subyace en este nuevo enfoque. ¿Es bíblica esa idea? ¿Es buena si la motiva el amor?

Algunas personas, a quienes les gusta pensar en términos modernos, creen que los diez mandamientos son algo

así como un viejo sombrero legalista. Pero la pregunta es, cuando llegamos a lo que significa la fe cristiana, ¿nos dejamos guiar por lo que la Biblia dice o por lo que pensamos?

Yo recuerdo haber escuchado un sermón evangelístico de antaño que se titulaba ni más ni menos: "Dios dice, pero yo pienso..." Ni siquiera fue necesario que escuchara el sermón. El título lo decía todo. Dios dice, pero yo pienso. ¿Nos interesamos en lo que Dios dice? ¿O nuestro interés se centra en lo que pensamos? ¿Vamos a ser nuestro propio dios?

En nuestros debates en cuanto a las normas descubrimos que un principio que nos ayuda a comprender cómo decidir es nuestra *influencia*. Como usted ha notado, tratamos de alejarnos de los detalles y hablar específicamente de los principios, de las normas y de la ética. Y la influencia es uno de los mayores riesgos. Hemos estudiado el tema en los escritos del apóstol Pablo. Aun cuando algo parezca no tener ninguna relación con la moral, se convierte en un asunto moral al momento erróneamente sobre alguien induciéndole así a escandalizarse o a tropezar y así se vuelve inmoral.

Oh, pero yo pienso que eso es volverse demasiado sensible a la mente enfermiza de otras personas.

No, eso es lo que Dios dice.

Pero yo pienso que así alimentamos la mente infantil de las personas.

Al considerar la ética situacional, trataremos de analizar la violación deliberada de la ley de Dios, por razones correctas. Tomemos, por ejemplo, a una mujer que tiene una enfermedad terminal. Ella siempre se ha preo-

cupado por otras personas. Y ahora siente que se ha convertido en una carga para los demás y quisiera acortar su propia vida por amor a las personas que tienen que cuidarla. ¿Es correcto esto? ¿Hay algo malo aquí? ¿Es la actitud amable y considerada la que tenemos que asumir?

¿Qué en cuanto al conflicto de la "Tormenta del Desierto" en el Medio Oriente? Algunos han sugerido que el problema era el líder iraquí, de modo que tenía que ser removido "quirúrgicamente". No habría costado demasiado pagarle a un pistolero para que lo hiciera. ¿Sería eso correcto si se realizara con el propósito de salvar miles y miles de vidas humanas? ¿Es correcto hacerlo porque conlleva una amable intención, aun cuando sea mala?

¿Qué en cuanto al ejemplo clásico que da José Fletcher al final de su libro acerca de la ética situacional? Tras bosquejar la nueva moralidad, menciona algunos casos históricos para afilar los colmillos de la nueva moralidad del lector. Quizá usted recuerde el caso de la señora Burgemyer:

Mientras el ejército ruso se lanzaba hacia el oeste para encontrarse con los norteamericanos y los británicos en el Elba, una patrulla soviética capturó a la señora Burgemyer que andaba buscando comida para sus tres hijitos. Negándosele cualquier comunicación con sus niños, y sin ninguna razón aparente para hacerlo, fue enviada a un campo de concentración en Ucrania. Su esposo había sido capturado en la guerra y también fue enviado a un campo de prisioneros en Gales. Cuando él volvió a Berlín, dedicó semanas y semanas a buscar a sus

tres hijitos. A partir de entonces, localizar el paradero de la madre se volvió crucial. Ellos nunca cesaron de buscarla. Ella, más que nada, era lo que verdaderamente se necesitaba para volver a unirlos como familia en aquella horrible situación de caos, hambre y terror. En Ucrania la señora Burgemyer supo, a través de una comandante muy amable, que su esposo y sus tres niños trataban de mantenerse juntos y que la estaban buscando. Pero las reglas sólo permitían dejarla libre por dos razones: Primera, una enfermedad que requiriera de servicios médicos no disponibles en el campo de concentración, por lo cual ella sería trasladada a un hospital soviético localizado muy al interior de Rusia. Y en segundo lugar, un embarazo; en este caso, ella sería devuelta a Alemania puesto que sería una carga para ellos.

Burgemeyer pensó en aquel asunto una y otra vez, y finalmente le pidió a un amigable alemán del Volga, que era guardia de la prisión, que la ayudara. Y él estuvo dispuesto. Cuando el embarazo fue médicamente verificado, ella regresó a Berlín y pudo ver a su familia. Ellos le dieron la bienvenida con brazos abiertos, aun cuando les dijo cómo se las había arreglado para llegar a ellos. Cuando nació el niño lo amaron más que a los demás, porque el pequeño Dietrich había hecho más por ellos que ninguna otra persona.

Cuando llegó el tiempo en que debía ser bautizado, lo llevaron ante el pastor un domingo por la tarde. Después de la ceremonia los padres enviaron a Dietrich a la casa con los demás niños y se sentaron en la oficina del pastor para preguntarle si estaban en lo correcto respecto de sus sentimientos relativos a la señora Burgemyer y

Dietrich. ¿Deberían estar agradecidos al guardia alemán del Volga? ¿La señora Burgemyer había actuado bien o mal?

Yo relaté esta historia en una congregación hace varios años. Algunas damas discutieron el incidente después de la comida y llegaron a la conclusión de que la señora Burge-meyer había hecho algo muy inteligente y maravilloso. Además, expresaron su esperanza de que a ellas también se les hubiera ocurrido algo tan inteligente y tan bueno si hubiesen estado en la misma situación.

Fritz Ridenour consideró esta misma historia en su libro *It All Depends*, en el cual desafía y critica la nueva moral. El expone otras facetas de la misma historia que van más o menos así: A pesar del hecho de que el propósito de la señora Burgemyer era ciertamente muy noble, ella utilizó astutamente a otro ser humano para lograr sus propósitos. ¿Creer en realidad los que proponen la ética situacional que ella trató al guardia como a una persona? ¿Tenía él una familia? Preocupada por la suya propia la señora Burgemeyer perdió de vista los intereses amorosos que él tenía. De algún modo, siempre que vamos en contra de las reglas establecidas por Dios, alguien más resulta herido.

Este crítico de la nueva moralidad le añade algunos capítulos extras a la historia, que se pueden sintetizar así: supongamos que la mujer quedó embarazada por el guardia y ahora está libre, pero todavía se encuentra a trescientos kilómetros de su casa, y todo ocurre en el invierno. A menos que obtenga comida pronto, puede morir de hambre, y su acto original de "adulterio sacrificial" habría sido en vano. De manera que llega a una

granja y el granjero le ofrece comida si..., bueno usted adivinó.

Si la mujer estaba en lo correcto al involucrarse con el guardia, se supone que en esta nueva situación, puesto que necesita desesperadamente comida, es correcto que se entregue al granjero. Así lo hace y obtiene alimentos. Una vez más se encuentra en la carretera y descubre que no puede andar todo el camino que le resta para llegar a su casa. Un chofer de camión llega y le ofrece llevarla gratuitamente si... Ciertamente, si su acto con el guardia fue correcto y también con el granjero, ¿por qué no con el chofer?

En esas condiciones, finalmente llega a una aldea cerca de donde están sus hijos. Pero supongamos que el esposo no tiene medios suficientes para sostener a los niños. Dificilmente podríamos considerar práctico llegar a reunirse con sus hijos, para luego morir de hambre con ellos por amor. Pero hay suficientes hombres en la ciudad que también tienen interés en usar a esta mujer, de modo que pronto ella logra reunir un capitalito bastante respetable. De hecho, el monto de su capital la convence de que acumulando mayores fondos, puede demostrar aún más amor por sus hijos y proveer para ellos incluso en una forma más segura.

Fritz Ridenour admite que la historia ha alcanzado hasta aquí proporciones absurdas. Pero entonces él pregunta: "¿En qué punto se vuelve absurda la historia?" Y la pregunta es bastante buena.

Por tanto, usted se enfrenta hoy, exactamente como ayer, a la pregunta, ¿es correcto hacer cosas malas por buenas razones? ¿O siempre existe el riesgo de que al-

guien salga herido? ¿Nos dio Dios las diez reglas sólo para hacernos difíciles las cosas o porque él conoce la maquinaria por medio de la cual funcionamos? Es preciso ver las normas divinas, no como restricciones, sino como instrucciones. Si usted desea hacer algo correctamente, revise las instrucciones, y ellas revelarán el curso apropiado de acción a seguir.

Yo tengo un amigo predicador cuya esposa se desalentaba siempre que trataba de coser algo. Nunca parecía capaz de terminar satisfactoriamente un vestido. El le decía:

-¿Estás siguiendo las instrucciones?

-Bueno, estoy tratando de seguirlas.

-Dame la tela y los patrones -le pidió él-, y yo haré un vestido.

El hombre siguió fielmente las instrucciones e hizo un hermoso vestido.

Yo traté de cruzar el Desierto de Mojave con la "libertad" de no tener la obligación de cambiar el anticongelante/antiebulente de mi Honda durante varios años. Nunca leí las instrucciones. Las cabezas de aluminio se erosionaron, las arandelas de las cabezas explotaron, y mi libertad de no tener que cambiar el líquido del radiador me llevó a la cautividad de tener que sentarme junto a la carretera en el desierto.

Cuando tenga dudas, ¡lea las instrucciones en el Libro! No son restricciones, son indicaciones que liberan. No es, "¿tengo que hacer esto?", sino, "¿no es maravilloso saberlo?" En el momento que usted se deshace de las reglas, automáticamente se autodestruye. No se puede ni siquiera jugar omitiendo las reglas. Es maravilloso saber

adónde pertenece uno. Si no se sabe, nunca se descansará hasta saberlo.

El rector de una universidad me dijo que la seguridad de un niño está en proporción directa a la previsión de sus padres. Y la seguridad de cualquier ser humano está en proporción directa a la responsabilidad de su Dios, Aquel que lo hizo. Los seres humanos son libres de elegir si estarán a favor o en contra de la ley de Dios. Pero, si deciden en contra, entonces tarde o temprano, de una manera o de otra, perderán su libertad. Así es como funcionan las cosas.

Si hay algo que deberíamos entender hoy, es la teología relacional, por encima de una simple teología conductista. El mismo principio de la salvación por la fe se opone al intento de salvarse a sí mismo. Es preciso confiar en Dios para ser salvos. Y ¿por qué no habría de aplicarse este principio cuando llegamos a Ucrania, al campo de concentración o a una muerte lenta? De hecho, cuando estudio todo el razonamiento que hay detrás de las normas y la ética por las cuales ha sido conocida nuestra iglesia, me siento contento de poder comprobar que Elena de White es digna de muy buenas calificaciones por dar nuevamente en el blanco.

Citaré un ejemplo de ese maravilloso libro sobre la vida de Jesús, *El Deseado de todas las gentes*. En el capítulo que habla acerca de Jesús en el desierto, él lucha con un serio problema. Tiene mucha hambre. Necesita satisfacerla. Pero, ¿qué hace? Espera sólo en Dios para recibir alivio y comida. Está en el desierto obedeciendo una orden divina, no para obtener comida siguiendo las sugerencias de Satanás. Para Jesús es una calamidad

menor sufrir, no importa lo que ocurra, que apartarse en cualquier forma de la voluntad de Dios.

Tal vez le parezca que la obediencia a algún claro requerimiento de Dios le privará de sus medios de sostén. Satanás quisiera hacerle creer que debe sacrificar las convicciones de su conciencia. Pero lo único en que podemos confiar en este mundo es la Palabra de Dios. "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas". Aun en esta vida, no puede beneficiarnos el apartarnos de la voluntad de nuestro Padre celestial. Cuando aprendamos a conocer el poder de su Palabra no seguiremos las sugerencias de Satanás para obtener alimento o salvarnos la vida. Lo único que preguntaremos será: ¿Cuál es la orden de Dios, y cuál es su promesa? Conociéndolas, obedeceremos la primera y confiaremos en la segunda (*El Deseado de todas las gentes*, págs. 96, 97).

¿Suena duro eso? ¿Suena peligroso? ¿Suena correcto?

Quizá usted recuerde a John Weidmer, el cristiano que ayudó a más de mil judíos a escapar hacia la libertad durante la Segunda Guerra Mundial. Finalmente fue capturado y puesto en prisión. Y se programó su ejecución para el día siguiente. Mientras estaba sentado en su celda, empezó a pensar en la Biblia. Pensó en los tres valientes hebreos y su liberación del horno de fuego, y se animó. Pensó en Daniel y su liberación del foso de los leones, y se sintió mejor. Luego pensó en Juan el Bautista, y comenzó a trabajar para escapar de la cárcel. ¿Qué pensó? ¿Qué pensamos nosotros?

¿Cuáles son las órdenes de Dios? ¿Y cuál es su promesa? ¿Ha prometido Dios liberarnos siempre? No. Lea la última parte de Hebreos 11. Allí encontramos que algunos fueron aserrados, y otros torturados. Todos murieron en la fe, sin haber recibido el cumplimiento de la promesa de su venida. Pero murieron en la fe. ¿Confío en Dios, sea que viva o muera? ¿Lo conozco tanto como para confiar en él? ¿Confío en él lo suficiente como para saber que si estoy en mis actuales circunstancias es porque él me condujo allí?

¿Puedo confiar en él incluso hasta la muerte? Esa es la gran pregunta. ¿No fue él quien dijo, "no temáis a los que matan el cuerpo... temed más bien a aquel que puede destruir el alma"? (Véase: Mateo 10:28.)

Huss y Jerónimo murieron quemados con leña verde y a fuego lento. Sus cenizas fueron lanzadas al Rin, pero sus perseguidores jamás pudieron acercarse a sus almas.

¿De modo que siempre es correcto hacer algo malo por amor? El principio que presentamos aquí para contestar esa pregunta cubre mucho terreno. Es sencillamente esto: ¿dónde está mi confianza? ¿Está en lo que puedo hacer, en cuán listo soy? ¿O está mi confianza en Dios y en todo lo que él ve más apropiado para mí? Este principio cubre una gran cantidad de decisiones morales y éticas con las cuales nos vemos confrontados hoy.

Un sábado, después de hablar de estos principios en una iglesia, algunos comentaron:

—Apreciamos mucho que usted haya hablado de principios y no de generalidades.

Luego una señora añadió:

-¿Sabe?, por primera vez comprendo por qué debería cuestionar mi anillo matrimonial.

-Yo nunca mencioné eso -le dije.

-Lo sé, lo sé -contestó-, usted nunca lo mencionó, pero los principios se aplican.

¿Qué en cuanto a los principios en nuestras instituciones? ¿Qué es lo correcto y lo erróneo cuando llegamos a las normas de la iglesia? ¿Qué diremos acerca de las normas para el liderazgo de la iglesia? ¿Qué de las comisiones de nombramientos? ¿Hacia dónde mirarán? ¿Es hilar muy fino y ser legalista al elegir a dirigentes que no quieren ofender a otros con sus actos?

Hace poco, en un libro titulado *Set Free*, el autor dio su lista personal y tradicionalista acerca de estar limpios. El lo llamó estar "rechinando de limpios": "No lustrar los zapatos en sábado, no comer carne, no bañarse después de la puesta del sol, no bañarse juntos jóvenes y señoritas, no hornear en sábado, no tomar té o café, no comer entre comidas, no usar anillos matrimoniales, no bailar, no jugar ajedrez o damas chinas, no jugar a las cartas, no jugar boliche, no usar salsas ni mostaza, no comer chile, no tomar bebidas alcohólicas, no ver televisión, no jugar tenis, no comer frutas y verduras en la misma comida, no tomar helados, no comer queso ni comprar seguros de vida".

Yo di lectura a esta lista en la iglesia un día, y un niño le susurró a su papá:

-Es terrible; pero yo sí estoy de acuerdo con eso de no comer verduras!

¿Puede usted sentirse cómodo con algo de lo que está contenido en la lista? Si es así, ¿sobre qué bases? ¿Son

aplicables algunos de los principios aquí? ¿Qué en cuanto a los días más sencillos, cuando nuestra iglesia acostumbraba decir: "Mire, en cuanto a las cosas que usted realmente no necesita, evítelas completamente".

Hoy hemos tratado de trazar líneas en diversos lugares sobre muchos asuntos, y como resultado, entramos en este interminable lío de *dónde* marcar la línea. Siempre existe la tendencia de ir hacia abajo. ¿Verdad? ¿Lo ha notado usted? Siempre es así. La tendencia nunca es hacia arriba, sino siempre hacia abajo.

Allá en los buenos tiempos de antaño, cuando trazábamos la línea al otro lado de "ninguna", la gente decía: "¡Nos están tratando como imbéciles! ¿Acaso no podemos pensar por nosotros mismos?"

¿Cuál es la mejor manera de establecer las normas de la iglesia? En algunas áreas posiblemente nos habrían permitido pensar detenidamente en ello. ¿Pero cómo? ¿Cuál es la respuesta definitiva al llegar a estas difíciles cuestiones? ¿Cómo vamos a decidir?

Para contestar estas preguntas, consideremos algunos textos:

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría

(Col. 3:1-5).

Una traducción más moderna dice:

"Hagan, pues, morir todo lo que de terrenal hay en ustedes" (versión *Dios habla hoy*). Nosotros no podemos hacer eso. Sólo Dios puede hacerlo.

A pesar de todo nuestro razonamiento y nuestra lógica, tenemos que llegar a esta decisiva conclusión: la respuesta definitiva en todas las situaciones es conocer a Dios como nuestro amigo personal, reconociendo a Jesús y su voz.

En 1 Juan 2:15-17, oímos a Jesús llamándonos a mirar hacia arriba, en vez de mirar hacia adentro o hacia afuera. "No améis al mundo". Bueno, ¿cómo va usted a interpretar eso? ¿No conducir un carro? ¿No usar reloj? ¿No comprar un refrigerador, porque esas son cosas del mundo? ¿Qué significa no amar al mundo "ni las cosas que están en el mundo"? ¿Es malo desear tener un carro nuevo?

Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

¿Qué quiere decir cuando dice, "si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él?"

¿Qué significa amar al mundo a ese grado? Y ¿qué significan "los deseos de la carne, los deseos de los ojos,

y la vanagloria de la vida"? He aquí una versión más moderna: "Estas son las cosas malas del mundo: número uno, desear cosas para agradar a nuestro yo pecaminoso. Número dos, desear las cosas pecaminosas que vemos. Número tres, enorgullecernos demasiado de las cosas que tenemos".

La idea del ayuno ilustra muy bien lo que estamos considerando. Cuando Jesús descendió del monte de la transfiguración, los discípulos habían sido derrotados. No pudieron echar a un demonio del cuerpo de un niño. Pero Jesús sí pudo. Cuando todo hubo terminado, Jesús dijo: "Pero este género no sale sino con oración y ayuno" (Mat. 17:21). No había evidencia de que Jesús hubiera estado ayunando. Hasta donde sabemos, él no había estado ayunando. Por tanto, ¿qué significa ayunar? Esto debe referirse a una *actitud* de ayuno, un estado mental que predispone para el ayuno. ¿Puedo sugerir lo que esto significa?: si tengo que decidir entre comer o dedicar el tiempo a pasar con Dios, ya sé cuál será mi decisión. Si tuviera que hacer ese tipo de elección, yo elegiría pasar el tiempo con Dios. Ese es el significado del verdadero ayuno.

Bien, apliquemos esa idea a "no amar al mundo". Yo puedo convertir eso en una lista legalista de cosas que no debo hacer, lo cual me convertirá en un ermitaño o un monje. O puedo ver que, independientemente de lo que yo elija ante Dios y ante mis relaciones con él, si conozco a Jesús como mi Amigo y Salvador personal, nada tendrá prioridad por encima de esas relaciones. ¿Es malo que desee un carro nuevo a fin de que el viejo no me deje tirado junto a la carretera en el desierto? No, pero si voy

a tener un carro nuevo que en alguna forma limitará mi relación personal con Jesús, entonces habré descuidado la advertencia de 1 Juan 2. ¿De dónde provendrán sus decisiones? ¿Cuál será mi decisión cuando tenga que ver con mi amor por Dios y mis relaciones con él? Esta es la pregunta vital.

Por cierto, levantemos el velo y veamos una vez más el cuadro más amplio. Si usted supiera que Jesús va a venir la próxima semana, ¿cuál sería su estilo de vida? ¿Qué haría? ¿Adónde iría? ¿Cómo vestiría? ¿Qué comería y bebería? ¿Qué tipo de entretenimientos elegiría? ¿Se justifican estas preguntas? "Oh, -dirá usted-, esa es una pregunta difícil". No, no si él es su Amigo.

C. S. Lewis lo dice en forma muy interesante:

Yo no encuentro ese cuadro de catástrofes físicas, señales en las nubes, cielos que se enrollan como un libro y mucho menos la idea pura de un juicio. No podemos estar siempre expectantes. Quizá podemos capacitarnos para preguntar, más y más a menudo, cómo se verá lo que estoy haciendo, lo que estoy diciendo o dejando de hacer a cada momento cuando la irresistible luz se derrame sobre ello, aquella luz que es tan diferente de la luz de este mundo. Y sin embargo, ahora mismo sabemos suficiente de ello como para tomarlo en cuenta. A veces las mujeres tienen el problema de querer juzgar mediante una luz artificial la forma en que un vestido se vería a la luz del día. Ese es el problema de todos nosotros, para vestir nuestras almas, no con la luz eléctrica del mundo presente, sino con la luz del día venidero. El vestido bueno es aquel que soportará la

luz, porque esa luz permanecerá para siempre.

Pero, ¿es esa luz una presencia amigable o una presencia hostil? Todo depende de si usted lo conoce a él o no. Si usted se ha relacionado con él, sabrá que es su mejor Amigo. Y ¿quién no quiere agradar a su mejor amigo? Y luego viene la enorme sorpresa, el descubrimiento de que nuestro mejor Amigo siempre supo lo que era mejor para nosotros.

Algunas veces nos engañamos a nosotros mismos creyendo que sabemos lo que más nos conviene. Y cuando lo hacemos, Jesús llora ante el dolor de ver cómo insistimos en infligirnos sufrimiento. Demasiado a menudo pensamos como la mujer de esta historia:

¡Adiós, Maestro!

"Y Jesús dijo: 'Ni yo te condeno; vete y no peques más'".

La mujer se levantó de donde estaba agazapada por temor y comenzó a deslizarse rápidamente. Pero entonces, como si de pronto comprendiera la frase final de Jesús, se detuvo y miró irónicamente a su libertador, preguntándole:

—¿Qué significa eso de "vete y no peques más"?

—Yo pensé que sabías lo que quería decir con eso —respondió Jesús.

—Pues no lo sé, Maestro. A menos que estés sugiriendo que mis relaciones con Rubén son pecaminosas.

—¿Cómo las llamarías tú?

—Una relación significativa —respondió la mujer—. Una dedicación interpersonal en la cual los dos tratamos de realizar todo nuestro potencial.

-¡Oh, de veras!

-Pero Rubén y yo nos amamos mutuamente. Estoy segura que tú comprendes lo que quiero decir. ¿Cómo puede ser pecaminosa una relación que expresa verdadero amor?

-Pero, ¿qué en cuanto al pacto con tu esposo?

-¿Isaac? Pero Maestro, Isaac y yo en realidad nunca hemos sentido atracción el uno por el otro. No podemos expresar toda nuestra sexualidad juntos.

-¿Qué tiene que ver todo eso con...?

-Vamos, Maestro, las personas son responsables de sus propios deberes y actos, tú sabes, el derecho a la felicidad.

-¿Lo son?

-¡Claro que sí! ¿Por qué habríamos de permitir que un legalismo rancio nos ate a relaciones estériles e insatisfactorias?

-Oh, ¿tú quieres decir que Isaac es incapaz de procrear hijos y que tienes la esperanza de que Rubén...?

-Maestro, tú me estás tomando el pelo. Sabes muy bien lo que quiero decir. Dios sabe que Isaac puede procrear hijos. Tengo tres hijos como prueba de ello.

-¿Tú tienes tres hijos, y te propones ignorar tus votos matrimoniales y seguir teniendo relaciones amorosas con el tal Rubén?

-¡Oh, Maestro, tú sí que eres simpático! "Teniendo relaciones amorosas con el tal Rubén". Ese tipo de expresiones desapareció en la época de los jueces. No estoy diciendo que Rubén y yo vamos a permanecer juntos para siempre. Es muy probable que nos separemos con el paso del tiempo y necesitemos espacio para explorar nuestra

auténtica individualidad. La gente cambia, tú sabes.

-Pero, ¿y los niños?

-Los niños no son tan frágiles como tú piensas, Maestro. Te sorprenderías de lo bien que se llevan con Rubén, la forma en que confían en él cuando se queda para el desayuno. Es decir, cuando Isaac sale con alguna caravana de camellos. Ellos le dicen "tío Rube", y él hace muchos trucos que los divierte, y a ellos les gusta eso. A decir verdad, lo prefieren a él más que a Natán.

-¿Natán?

-Mi relación significativa previa. Pobrecito, se volvió terriblemente aburrido. Dijo que su conciencia le molestaba y una pila de cosas legalistas por el estilo. Yo le dije que debía poner más atención a personas como tú.

-¿Cómo yo? ¿Cómo podría yo haberle ayudado?

-Oh, tú sabes. Esas cosas que dices acerca de no quedarse uno paralizado por el sentimiento de culpa y por el temor de las opiniones humanas.

-Ah, sí. Eso. Pero, dime, si este Rubén te ama tan profundamente, ¿por qué no estuvo aquí hoy?

-El deseaba estar, Maestro. Realmente quería estar. Lo deseaba profundamente. Pero simplemente no soporta ver sangre. Es una persona muy sensible. Muy diferente a Josué.

-¿Josué? ¿Otra relación significativa...?

-Oh, eso pasó hace mucho tiempo. Y realmente no fue tan significativa. En verdad, no lo fue. Tú dirás que lo que yo realmente hacía era probar mis alas.

-Y por lo tanto yo no debería...

-¿Mmmmmmmmmmmmm?

-¿Qué le dirás a tu esposo acerca de lo que pasó hoy?

—Le diré que lo vea como una experiencia de aprendizaje, una oportunidad para ampliar los horizontes. Bueno, debo irme ahora. ¡Adiós, Maestro! Que tengas un buen día.

Jesús contempló reflexiva y tristemente la figura que se alejaba. Luego miró hacia el piso y las lágrimas comenzaron a caer... y a caer... y a caer.¹

1. *Insight*, 10 de noviembre de 1963.

¿DORMIDO EN LA CLASE?

Debimos habernos quedado dormidos en algunas clases. Ni siquiera nos dimos cuenta de ello, sino mucho tiempo después. No estoy hablando acerca de psicología general, la clase que se impartía inmediatamente después del almuerzo, para la cual mi hermano y yo habíamos comprado un solo libro de texto y un solo cuaderno, de modo tal que él pudiera dormir un día mientras yo tomaba notas, y a mí me tocara dormir al día siguiente. Estoy hablando de algunas otras clases en las cuales es posible que me haya dormido. Y, de entre todas las cosas, sólo ellas tenían que ver con la única respuesta a las más grandes preguntas de la vida: conocer a Jesús como mi mejor Amigo.

Si leemos la epístola a los Romanos, hallamos una clamorosa invitación a no dormir, a despertarnos,

particularmente en el tiempo en que vivimos.

Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne (Rom. 13:11-14).

Este pasaje tiene algo que ver con el hecho de vestirnos del Señor Jesucristo, verdad en la cual me dormí. Muchos de nosotros gastamos más tiempo y esfuerzo tratando de no hacer "provisión para la carne". Dedicamos mucho más tiempo concentrándonos en nuestros fracasos, nuestras debilidades y nuestros pecados que en vestirnos del Señor Jesucristo. Algunas veces hemos pasado más tiempo espaciándonos en las normas y reglas de la iglesia o, últimamente, en desprendernos de ellas, que en conocer a Jesús.

Un predicador, amigo mío, que estudió en el colegio más o menos en la misma época que yo, fue llamado más tarde a acudir al lecho de un hombre agonizante. Había sólo una cosa que este hombre moribundo quería saber: "¿Cómo puedo saber que estoy bien con Dios?"

Mi amigo me habló de su frustración. El enfermo no le pidió que conjugara algunos verbos griegos. No le pidió que le repitiera algunos textos claves para probar ciertas enseñanzas de la iglesia. No le pidió que hilvanara algu-

nas frases o que recitara algunos versos bien conocidos de los grandes literatos. No le preguntó acerca de la moralidad y de la ética cristiana o de cualquier otro asunto, excepto de la única clase en la cual mi compañero se había dormido. "¿Cómo puedo saber que estoy bien con Dios?"

Cuando escuché aquello, dije: "Yo también me dormí en esa clase". Tratando de ser justo con los maestros, mi amigo dijo: "Deben de haberme enseñado a responder esa pregunta en algún lugar, pero probablemente yo estaba dormido".

Me temo que muchos de nosotros dormimos en todas aquellas clases que dieron las respuestas fundamentales a las preguntas realmente grandes que la gente hace. Parte del problema es que podemos aceptar ciertas verdades en teoría y dormir en la práctica. Desde los más remotos días que yo recuerde, he sabido que Jesús es importante, pero no siempre he sentido que Jesús era tan importante en términos de experiencia. ¿Habrà alguna laguna allí? ¿Existirá alguna diferencia?

Nuestra iglesia siempre ha creído teóricamente en el dogma de la salvación por medio de la fe en Jesucristo. Cuando se le preguntó al pastor Richards cuál es el mensaje adventista, contestó: "Jesús, solamente". A mí me gusta eso. ¿Pero ha sido esa su experiencia durante toda su relación con el adventismo?

¿Considera la gente a los adventistas del séptimo día como un pueblo que predica y enseña y vive a "Jesús, solamente", o piensa de ellos como de un pueblo que no come puerco y que va a la iglesia el sábado en vez del domingo? Nunca estuvimos dormidos respecto de la

creencia doctrinal en Jesús, a menos si examinamos la parte posterior de nuestro certificado de bautismo. ¿Pero será posible que hayamos estado durmiendo experimentalmente?

Los discípulos fueron fieles seguidores de Jesús. Pero uno tiene que admitir que aun cuando habían dejado sus redes, para seguir a Jesús —y lo habían seguido hasta el mismo Getsemaní—, se apegaron al suelo del huerto donde se habían dormido. Entonces, como se registra en Lucas 22:46, él vino a ellos y les dijo: "¿Por qué dormís? Levantaos, y orad para que no entréis en tentación".

Yo espero que, en algún tramo del camino, todos escuchemos la voz del Espíritu Santo en la mañana diciéndonos, "¿por qué dormís? Levantaos y orad".

Algunos de nosotros hemos hecho un estudio de los jóvenes en nuestra esfera particular. Parece que como norma, poco antes del año de la graduación de nivel medio, la mayoría de los jóvenes adventistas ni siquiera saben de qué está usted hablando cuando se refiere a la salvación por la fe en Jesús solamente y a una profunda vida de relación, no simplemente religión. (Hay excepciones a la regla, por supuesto, y hay evidencias de que este triste cuadro está siendo empujado más atrás poco a poco. ¡Alabado sea Dios por eso!)

Como regla general, la época más fértil para que una persona joven en nuestro ambiente encuentre algo más que religión, y comience la vida en forma más profunda con Dios podría ser en algún punto entre los dos últimos años de la escuela de nivel medio y los primeros dos de universidad. Si eso ocurre con usted, y se encuentra dentro de esa categoría, manténgase despierto. No cierre sus

ojos. Hay algo muy importante que debe entender, así que no se arriesgue quedándose dormido en la clase.

Si usted no profundiza su vida con Jesús durante ese tiempo, algo mucho más que "Jesús me ama, esto sé" (lo cual puede haber sido algo grande cuando usted tenía entre cuatro y cinco años de edad), algo mucho más que simplemente religión y rutina formal, entonces es probable que pasen años y años antes que usted lo encuentre. Porque usted inevitablemente se verá confrontado con las otras dos decisiones más grandes de la vida: junto a quién va usted a pasar el resto de su vida y cuál será la carrera de su vida.

De algún modo, la relación con Dios, la más importante decisión, queda relegada a la esquina. Entre tanto, mientras está en la esquina, habrá angustias, estrés, tragedias, noches de insomnio y confusión hasta que, finalmente, usted despierte en la clase que había estado dormido.

Sabemos que muchas personas se sienten enfermas y cansadas de la religión organizada. ("Cansado de la religión", ¿por qué no prueba a Jesús?) Y algunos jóvenes asisten a las escuelas cristianas contra su voluntad. Pero cuando su familia les ofrece un nuevo carro deportivo, sí van a su *alma mater*. ¿Cómo podría usted rehusar? ¿Cómo podría una persona joven negarse ante la oferta de pagársele toda su colegiatura y satisfacer todas sus otras necesidades económicas?

¡Incluso he sabido que a algunos jóvenes se les había ofrecido una motocicleta si se bautizaban! Algunos jóvenes ven la falacia de esa clase de pensamiento. No tienen ningún interés en la religión puesto que ella ha hecho

poco o nada por sus padres.

A mí me entusiasma poder ofrecerle algo más que simplemente religión, ya que existe una enorme diferencia entre ser religioso y ser espiritual, entre conocer las reglas, las normas y las doctrinas y conocer al Señor. Y si usted no ha visto la diferencia todavía, no duerma en esa clase. Algunos de nosotros nos dormimos, y como consecuencia desarrollamos úlceras en el proceso.

La primera clase en la cual yo me dormí en la universidad fue aquella que trataba sobre el pecado. No estoy diciendo que tenían un curso codificado como 101 AB, Pecado. Pero en algún momento, con el paso del tiempo, perdí la noción de todo lo que implicaba el pecado. Siempre pensé que el pecado es hacer cosas malas. Y yo no hacía, en general, cosas demasiado malas. La mayoría de nosotros éramos víctimas de la justicia por la preparación, la justicia por el hábito, la justicia por la inhibición. Teníamos miedo de hacer algo malo. Eramos buenos "vividores" exteriormente. Y, por supuesto, si usted es un buen vividor, entonces no es una víctima de hacer malas cosas comúnmente y, por lo tanto, usted no es un pecador. ¿Correcto? ¡Incorrecto!

La antigua definición de pecado citada por la Escritura, la que nos dan cuando preguntamos por ella, "pecado es la transgresión de la ley", no es suficiente, no al menos en la forma en que se entiende comúnmente. Lo que en realidad dice es: "Todo aquel que comete pecado, infringe *también* la ley" (1 Juan 3: 4, el énfasis es nuestro). Hay algo más profundo en el asunto del pecado. Uno tiene que cometer "pecado" primero, antes de ser capaz de violar la ley según como lo pensamos tradicionalmente.

El pecado *da lugar* a la transgresión de la ley. Para mi sorpresa, yo dormí en esa clase también. No supe sino hasta muchos años después que pecar es vivir separados de Dios, cada día (lo cual en realidad es violar el primer mandamiento y convertirme en mi propio dios).

Jesús dijo en Juan 16: 8, refiriéndose a la obra del Espíritu Santo: "Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio". En el versículo 9, define el pecado como incredulidad con respecto a Jesús. Pero creer, simplemente, no es suficiente, y la prueba es que "también los demonios creen, y tiemblan" (Sant. 2:19). Una mejor palabra sería *confiar*.

Pecado es "no confiar en Jesús". Esa definición inmediatamente sugiere una relación de dependencia de él.

Romanos 14: 23 dice lo mismo, aunque con palabras diferentes. "Todo lo que no proviene de fe, es pecado". De modo que todo lo que hago: estudiar clases de religión, estudiar matemáticas, estudiar salud, estudiar química o enfermería, e incluso hacer buenas obras que mantengan en alto las normas, si estoy viviendo una vida independiente, sin tener una relación significativa con el Señor Jesús, estoy viviendo en pecado. Yo dormí también en esta clase.

Hay una gran diferencia entre el *pecado* y los *pecados*. *Pecado* es vivir una vida separada de Jesús, y esto da lugar a los *pecados*, o hacer cosas malas.

La mayoría de nosotros que tenemos problemas con los pecados luchamos duramente contra ellos en nuestro esfuerzo por tener relaciones con Jesús. ¡Qué despertar tuve cuando comprendí eso! Pero establecer una relación

debe ser mucho más que una simple teoría. Debe ser una experiencia vital.

La segunda clase en la cual me dormí fue la que trató sobre la justicia. Una vez más, no hubo una división en el currículo que se llamara *Justicia 450 AB*. Pero, por alguna razón, la perdí. Yo pensaba que la justicia era hacer lo correcto. De hecho, escuché a muchas personas definirla así. Toda vez que se hacía la pregunta, "¿qué es justicia?", la respuesta siempre era, "justicia es hacer lo correcto". Incluso teníamos citas para probarlo. Pero si justicia es sólo hacer lo recto, entonces todo lo que tenemos que hacer es precisamente eso: hacer lo correcto, y punto. ¡Fíjese en la trampa a la cual nos conduce esto! Si comprendemos mínimamente el principio de la salvación, sabemos que esa definición es falsa. Y, por supuesto, la mayoría de nosotros, que lo estamos haciendo bastante bien, hasta donde los demás pueden ver, nunca consideramos que nuestros pensamientos o nuestros deseos fueran realmente un problema. De manera que no necesitábamos a Dios. Si hacíamos lo que era correcto, y si no nos estaban expulsando de la escuela, si no hemos quemado el dormitorio, y nos hemos despojado de todos nuestros discos o casetes de rock, entonces, ¿quién necesita a Dios? Sabemos que Dios necesita cuidarse de la gente mala. Pero, ¿la gente buena necesita a Dios?

Por otra parte, ¿cómo define usted lo correcto y lo erróneo dentro del contexto de la nueva moralidad y la ética situacional? Algunos cristianos piensan que es malo beber vino, y otros piensan que es bueno para la salud. Podemos hacer una lista de muchas otras cosas en este sentido, como se sugiere en capítulos precedentes. Sin

Jesucristo, todos definimos lo correcto y lo erróneo sobre la base de nuestra educación, hábitos, y los complejos formados dentro de nosotros. ¿O no?

Siendo que difieren la educación y el fondo cultural de las personas, las opiniones divergentes son tantas como personas hay en el mundo. Es imposible entender lo que es correcto y erróneo, y hacer lo que es realmente correcto sin Jesús. Para mi asombro, descubrí que la mejor definición de una sola palabra para justicia (y no descubrí eso hasta después de haber pasado por la universidad) es "¡Jesús!" Jesús es justicia. El es el único que ha vivido en este mundo impecablemente y ha sido justo, pero todos los demás son injustos. "Como está escrito: No hay justo ni aún uno" (Rom. 3:10). ¿Qué dice Pablo? ¿Cuántos justos hay? ¡Ninguno! "Pero", dirá usted, "yo llevo una vida muy buena". Es posible que eso sea cierto, pero usted no es justo.

Por tanto, si quiero poseer cierto tipo de justicia genuina, debo tener a Jesús necesariamente. Cuando tengo a Jesús, tengo justicia. No hay tal cosa como justicia sin Jesús. "Pero —decimos—, conocemos a mucha gente bondadosa y dulce en el mundo, que hacen cosas buenas". Sí, pero esas cosas buenas no tienen valor celestial si no existe una relación vital con Dios. Separados de Dios, incluso las cosas buenas se suman a nuestra pecaminosidad.

La tercera clase en la cual me dormí fue aquella que trató sobre la fe. Yo pensaba que fe era hacerme creer a mí mismo algo, y que si no sentía que tenía mucha fe, debía dedicar mucho tiempo a trabajar para mejorarla. Pensaba yo que si podía obligarme a mí mismo a creer

intensamente algo, ocurriría el milagro. Y el único problema con las cosas que no llegaran a ocurrir sería mi falta de fe. Fe era algo por lo cual usted tenía que trabajar, haciendo una suerte de gimnasia mental para autosugestionarse. Después de todo, Jesús dijo: "Si puedes creer, al que cree todo le es posible" (véase Mar. 9:23). Esa es la única condición. De modo que trabajamos duro para creer y construir nuestra fe.

El Dr. Hutchins, de la Universidad de Chicago, en su sátira contra la religión cristiana, señaló que si usted centra su pensamiento positivo y su creencia en las caricaturas del periódico dominical, puede obtener el mismo resultado que si los enfoca en Dios. Usted puede enfocar su creencia en el poste central de la cerca de su patio y lograr lo mismo. Y eso sería verdad si la fe no fuera otra cosa que el manejo de cierto tipo de pensamiento positivo autogenerado. Ya sea que usted trate de hacerse creer a usted mismo las promesas de la Palabra de Dios o no, si tiene que hacer algo o mucho por su fe, la suya es una teología de la fe equivocada. Yo dormí en esa clase, y en algún momento esa idea casi me destruyó.

El principio bíblico que define la fe es confianza. Y la confianza viene gracias al conocimiento de alguien digno de confianza. Si usted quiere tener confianza genuina, lo que tiene que hacer es relacionarse con Jesús, y la fe vendrá como resultado lógico y natural. Usted no tiene que estimularla, no tiene que hacer absolutamente nada con ella. La fe no les llega a los que la buscan, les llega a aquellos que buscan a Jesús. Llegamos a ser justos buscando a Jesús y su justicia.

¡Difíciles clases! ¿Cómo es posible que durmamos en ellas? Si nos dormimos, eso nos llevará a un esfuerzo fútil, frenético, sin objetivo, a un trabajar sin fin que no nos conducirá a ninguna parte.

La cuarta clase en la cual me dormí fue la que trata acerca del cristianismo. ¿Qué es un cristiano? Yo pensaba que un cristiano era la persona que hace lo correcto. Yo me creía cristiano porque hacía lo correcto. Pero hay personas en el mundo que hacen lo correcto sin ser cristianas. ¿No ha visto a personas que hacen lo correcto, pero que no se preocuparían en lo más mínimo por Cristo Jesús? ¿No es cierto que hay personas que le darían su camisa al desnudo, que son bondadosas, dulces y honestas, y sin embargo no tienen ninguna relación con el cristianismo? Yo he conocido a algunas de ellas. Hay todo tipo de personas morales y éticas en el mundo que blasfemarían el nombre de Jesús en cualquier momento.

¿Qué es un cristiano? Yo no sé dónde estaba cuando dieron su definición en la universidad. Estoy seguro que alguien debe de haberlo explicado. ¿Cómo puede saber usted con toda seguridad que es un seguidor de Cristo? Hay dos criterios: ¿de quién le gusta hablar y en quién le gusta pensar?

Los discípulos fueron llamados cristianos primero en Antioquía, según Hechos 11. ¿Por qué supone usted que fueron llamados cristianos? Porque era de lo único que podían hablar. Jesús dijo esto, y Jesús dijo aquello, y Jesús hizo esto y aquello. Finalmente la gente dijo, "toda esta gente sólo habla acerca de su Cristo. ¿Por qué no les llamamos cristianos?" ¿Cómo le llamarían a usted hoy si fuera juzgado por aquello que habla más a menudo?

¿Qué tipo de palabras figurarían en la etiqueta suya y mía?

La quinta clase en la cual me dormí fue aquella en la que se habló de la entrega. Yo pensaba que la entrega era abandonar las cosas malas que hacía. Y, por supuesto, no eran tantas, sólo unas pocas, dados la educación que recibí y el ambiente adecuado en el que vivía. Pero yo trataba de abandonar las pocas cosas malas que hacía.

Si usted es una persona fuerte, puede tener éxito en este tipo de entrega puesto que la gente fuerte puede tener éxito exteriormente. En este sentido, podemos abandonar nuestro mal carácter, podríamos abandonar hasta la mala música y el comer entre comidas. Cualquier cosa que se considerara mala sería puesta a un lado.

Yo tengo un amigo que se deshizo de todos sus discos de rock, que en aquellos días era el jazz, fue a un acantilado y empezó a jugar lanzando al aire sus discos. Me dijo que en realidad era divertido ver cuán lejos podía lanzarlos y oír cómo se rompían allá abajo. ¡Maravilloso! ¡Justificación por echar a volar sus discos!

Deshacerse de los pecados, abandonar las cosas malas, elevarse a una norma más alta, es la idea usual acerca de la entrega. Esa fue otra de las clases en las cuales me dormí. ¿Rendirse deshaciéndose de algunas cosas? Eso no es rendirse, en absoluto. Estúdielo y descubrirá que la entrega tiene que ver con el acto de abandonarse uno mismo. Es abandonar la idea de que podemos hacer cualquier cosa honorable dentro de nuestro corazón separados de Cristo. Todo lo que podemos hacer es romper discos. En el interior, todavía los amamos. Sí, gente fuer-

te puede manejar bien lo externo. Y una religión externa es sumamente atractiva para las multitudes.

A mí, en particular, me iba bien en este respecto, de modo que no necesitaba a Jesús como lo necesitaba mi compañero de cuarto. El venía de un ambiente bastante duro. Su mamá había sido asesinada por su padre cuando él tenía apenas cuatro años. El fue llevado de aquí para allá cuando era niño. Mintió acerca de su edad y entró a la marina, ofreciéndose como voluntario para misiones suicidas durante la guerra. Cuando volvió, se unió a la policía y pasó por muchas situaciones difíciles. Así que, por supuesto, necesitaba mucho a Jesús. Había visto demasiado. Pasaba horas y horas leyendo su Biblia y orando. Pero, por supuesto, yo no necesitaba nada de eso. Vivía una vida muy buena. Había abandonado todas las cosas malas. Lamentablemente me dormí durante la clase donde se estudió la entrega, aunque tenía un compañero de cuarto que sabía todo al respecto.

Con el tiempo descubrí que la entrega consiste en llegar al punto donde usted se da cuenta que nada de lo que pueda hacer cuenta realmente en el interior, excepto el ir a Jesús. Juan 15:5 dice que "separados de mí nada podéis hacer". Ponga eso junto con Filipenses 4:13, donde dice que con él todo es posible. Esto da margen sólo a una cosa que es posible hacer en el reino de la vida profundamente interior: acudir a Jesús y seguir viniendo a Jesús. El toma la iniciativa en esto, pero nosotros debemos responder.

La sexta clase en la cual me dormí fue donde se trató acerca de la vida devocional. ¿Quién necesita una vida de devoción cuando está haciendo todo correctamente?

¿Quién necesita una vida de devoción siendo que usted define el pecado en términos de hacer malas cosas, y usted no tiene ese problema? ¿Quién necesita una vida de devoción cuando la justicia, según usted, es hacer las cosas correctas, y usted ha estado haciendo correctamente las cosas toda su vida? Usted fue preparado y condicionado para la justicia por el hábito. ¿Quién necesita una vida de devoción siendo que usted piensa que un cristiano es alguien que vive una vida correcta, y usted lo está haciendo bastante bien? ¿Quién necesita una vida de devoción cuando usted ha desechado todas estas cosas malas y se ha entrampado a sí mismo pensando que todo está bien entre usted y Dios, sobre la base de su comportamiento y su actuación?

Quisiera recordarle que una gran razón por la cual la mayoría de los profesos cristianos no tienen una vida devocional es porque siguen pensando que pueden vivir la vida independientes de Dios y hacer bien las cosas. Nadie en realidad se hinca de rodillas delante del Señor hasta que llega al límite de sus posibilidades, y entonces descubre a su mejor Amigo. Mientras más pronto llegue usted a ese nivel, amigo mío, tanto mejor será.

De modo que si usted descubre que va cuesta abajo, y la vida le resulta difícil, levántese y alabe a Dios. Caiga de rodillas y diga: "Gracias a ti, Señor, por traerme al lugar donde puedo depositar mi vida en *tus* manos".

Yo no entendía cómo nueve dólares con la bendición de Dios son mucho más que diez dólares sin su bendición, hasta que lo probé. Pero hay algo más. Siete horas de sueño con la bendición de Dios valen mucho más que diez horas sin ella. ¿Capta la idea?

Yo no sabía que la vida de devoción era la base misma de la experiencia cristiana y la aceptación de la justicia de Cristo, puesto que su justicia debe ser recibida diariamente. Yo no comprendía eso cuando estaba en la universidad.

La última clase en la cual me dormí, que yo sepa, fue en la que se enseñaba que a Jesús le gusta que la gente venga a él así como están. Yo pensaba que las personas al ir a Jesús, tendrían que hacerlo después de arreglar sus vidas y cambiar sus caminos. Yo pensaba que uno debe arreglar su vida primero, antes de poder ir a Jesús.

Y finalmente amaneció en mi vida, se produjo el gran descubrimiento, el despertar del sueño: vamos a Jesús tales como somos. A mí no me preocupa quién sea usted, cuántos fracasos, cuántos pecados haya tenido, cuán enredada haya sido su vida, si usted va a Jesús. El lo aceptará exactamente como es. El hace los cambios en su vida porque usted no puede hacerlos. Y él lo llevará a usted hasta las normas de vida más elevadas que jamás imaginó, ya que la justicia de Cristo no es una cloaca para cubrir pecados no confesados ni abandonados. Es un principio de vida que transforma el carácter y rige la conducta.

Y ahora, conociendo los tiempos, mi amigo, ya es tiempo que despertemos de nuestro sueño.